



572

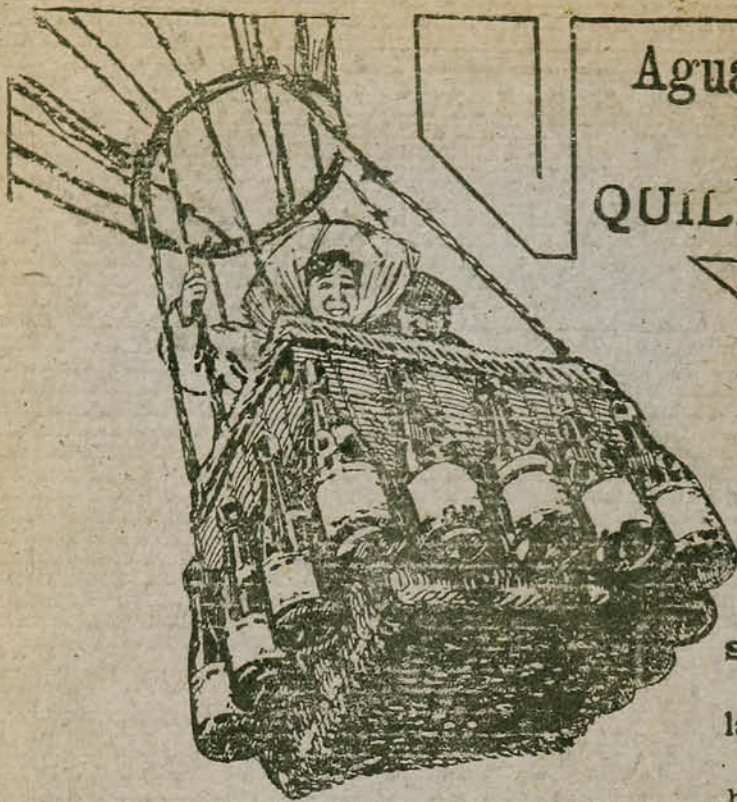


572-2

PLUMA • LÁPIZ

30 C^{rs}

Agua Mineral
Fuente del Indio
QUILLOTA



Sana, Agradable, Digestiva
La mejor para acompañar
las comidas.

Imposible pasar sin ella después de
haberla probado **una sola vez.**



Usé los productos

JUNOL

y ya no me cabe
duda de la tersura
y limpidez que ad-
quiere un rostro.

Jabones

PRODUCTOS
JUNOL

Esencia

— **oee** —
ÚSELOS UD. TAMBIÉN
JUNOL

LOS PRODUCTOS **JUNOL**

Rejuvenecen dan al cutis
una transparencia verdade-

Polvos

ramente envi-
diable. : : :

Cremas

PRUÉBELOS-JUNOL-PRUÉBELOS

Crema de Oro

Vea Ud. lo que dice la Ciencia Universal: «Nada supera su eficacia a esta maravillosa Crema para la conservación del Cutis, concluir con los granos, señales de viruelas, grietas, los paños, etc. Una mujer que usa la **Crema de Oro** se encuentra preparada para competir en hermosura con las mas bellas...»

Boticas y Perfumerías

Francois Saint Bonnet

Parfumerie, PARIS



El Profesor.—Bueno; en conclusión: ¿Cuál es la economía?

Alumno.—Sabido es que una mala digestión...

El Prof.—¡Pero qué digestión ni qué niño muerto... qué tiene que ver.

Alum.—Señor, quiero decir que una mala digestión, acarrea gastos como ser de médico, medicinas y demas enjuagues, lo que se evitaría tomando antes de cada comida una copita de

Zinzano

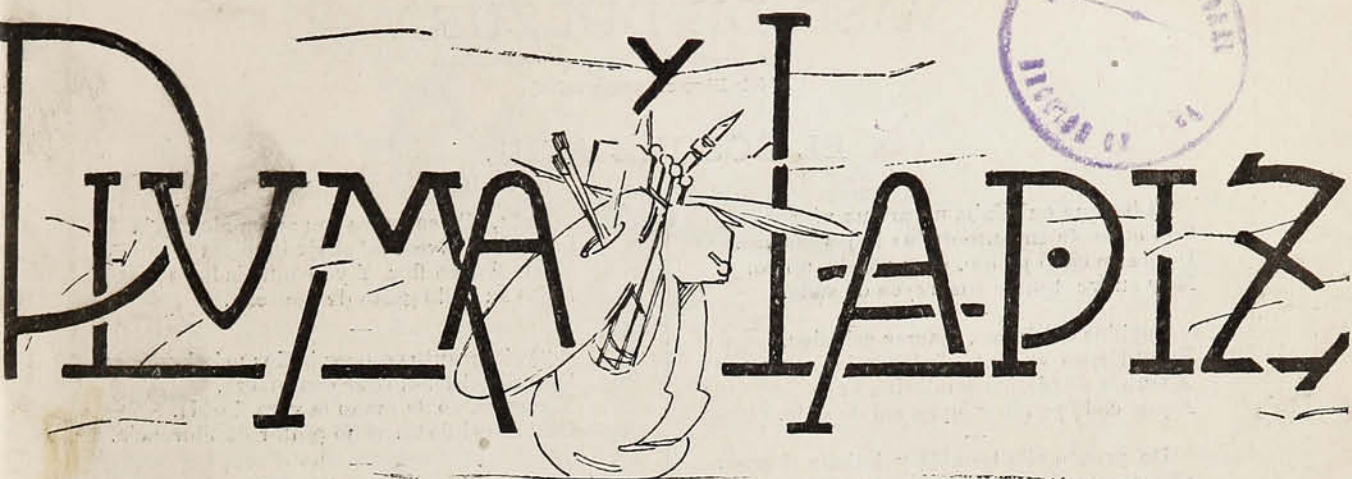
He ahí la economía.

—¡Aprobado!





PLUMA Y LÁPIZ



AÑO I

SANTIAGO, VIERNES 19 DE JULIO DE 1912

NÚM. 1

ADMINISTRADOR
ARTURO D'ALENÇON

DIRECTOR
FERNANDO SANTIVÁN

SECRETARIO DE REDACCIÓN
DANIEL DE LA VEGA

DIRECTOR ARTÍSTICO
CRISTÓBAL FERNÁNDEZ

OFICINAS:

MORANDÉ 432

CASILLA 2443

NUESTRA REVISTA



Estas hojas, que caen á la vida, aprisionadas en las páginas de "Pluma y Lápiz," no provienen árboles de otoñales, ni es el frío del invierno el que las desgajó de la rama; han sido arrancadas de un árbol de perenne verdor, en eterna primavera, para ofrecerlas á los que "han hambre y sed de belleza"...

"Pluma y Lápiz" no llega en 'son de combate. Es un florido mensajero, como aquellos trovadores de la época caballerisca,—que viene á entretener el hastio de un rudo castellano y á saciar las vagas nostalgias de unas frágiles prisioneras de hierros y muros,—cantando hazañas de esta vida contemporánea: el amor y el odio, el dolor y la alegría, eterna arcilla en que se modela la humana existencia.



Esto en cuanto al público. Para la moderna generación de artistas chilenos, pretende ser un hogar común, un lazo de fraternidad, una tribuna de amplia franqueza, como aquellas modestas revistas

que dirigieron Cabrera Guerra y Augusto Thomson. Su mismo título, "Pluma y Lápiz" pretende ser una evocación de ese pasado de sana, de alegre camaradería intelectual.

No admitimos jefes, ni credos religiosos, ni credos políticos, ni credos artísticos. Caravana de transeúntes en el desierto de nuestra patria, cada soldado será un general y cada general un soldado. "Pluma y Lápiz" pretende ser apenas una carpa común que nos cobije del hielito de las noches, tan pobre que su techo estará abierto y desgajado, y tan rica que por esa abertura contemplaremos las estrellas y el infinito.

Y pueda que nuestros cantos, unidos en una misma admiración y separados por su marcada personalidad, formen una poderosa sinfonia orquestal, salvaje y ruda, como nuestros bosques y nuestras costas; solemne y religiosa como las montañas andinas que nos han enseñado á orar; plácidamente dulces como los paisajes idílicos de las campiñas chilenas!

VASO DE DULZURA

(De éste libro en preparación)

EL BOSQUE AZUL

El bosque exhalaba un aroma virgen,
Con el verde encanto de las hojas nuevas.
Desde un cielo pálido, muy pálido, un sol
Muy suave tendía sus rayos de seda.

Cogidos del brazo, íbamos callados,
En el tierno encanto de las hojas nuevas,
A través de rústico senderito, bajo
Aquel cielo pálido y aquel sol de seda.

De pronto ella tiembla y detiene el paso:
«Mira, mira, exclama con dulce sorpresa;
¡Jacintos! ¡Oh, cuántos jacintos! ¡Oh cuántos
Jacintos azules entre la áurea yerba!»

¡Maravilla! maravilla! maravilla!
Diríase una nevasca de estrellas,
Y sobre las tiernas corolas flotantes
Y casi visibles, sus almas: la esencia.

Lista, ella se curva con suma elegancia
I su mano nivea, tal abeja inquieta
Va de flor en flor. Y yo contagiado,
Imito su bello gesto de doncella.

¡Qué encanto escoger la flor más hermosa,
Oprimir el tallo, tirar con viveza,
Y alzarse, en la mano la vara florida,
Cual ángel de un viejo pintor de Florencia.

Súbito, yo pienso. Digo: «¡Qué prodigio!
De nuestros espíritus huyó la tristeza:
Tu cara está rosa, mis labios sonríen...
¡Oh, qué niños somos! Una flor nos llena!»

FRANCISCO CONTRERAS.

Bosque de Meudon, París, 1911.

EL MANTO DE LAS COMPATRIOTAS

Nada me place como vuestro encanto
lindas devotas, cuando vais á misa,
en la clara mañana, andando á prisa,
pareceis golondrinas, bajo el manto.

El manto hace adorable vuestro llanto
y hace también temible vuestra risa.
Si cuando vais á orar, vais de tal guisa
será difícil que os resista un santo.

¿Por qué cobran más fuerza los sonrojos,
la seducción, la súplica, el reproche,
bajo el negror del manto en vuestros ojos?

¿Por qué de manto parecéis más bellas?
Porque el manto, lo mismo que la noche,
Cae... para que brillen las estrellas!

VÍCTOR DOMINGO SILVA.

LO INOLVIDABLE

Consuelo de mis ágras depresiones
cuando creo enemigos los mortales,
son tus memorias llenas de emociones,
llenas de besos y de llantos reales.

Es un consuelo tu recuerdo. Vivo
ese trozo de tiempo extraordinario
para obtener el hondo lenitivo
como la azul virtud del incensario.

Resucito las horas distraídas
donde el cansado espíritu se embarque:
cuando con nuestras manos reunidas
forjábamos proyectos en el parque.

Con los ojos cargados de visiones
nos amamos sin goces, sin alarde,

sin más certezas ni otras confesiones
que ver dos paraísos en la tarde.

Diálogos lentos, roces extenuados,
querellas y locura perdurable;
espectros del Destino entrelazados
para el fin descompuesto, abominable:

Tus fiestas, tus perfumes, tu organismo,
se consumieron como buenas flores
en el escalofrío del abismo
donde se transfiguran los amores.

Moriste con la inmensa poesía
de los que van con su pasión divina
y tu vida la lleva el alma mía
como sol, amuleto y medicina.

ALBERTO MORENO.

QUE ES AMOR



—«ANTONIO y Pacomio tuvieron apariciones que es necesario no confundir con tentaciones... La hija de Satan no se manifestó á ellos encarnada, sinó únicamente en estado de fantasma. Los textos son formales acerca de este punto.»

Leía ella con voz arrastrada, sin inflecciones, y las palabras fluían de sus labios como un hilo de agua que no se rompe.

—«No es un ser real como en la historia de Efrén, de Policarpo, de Serapio, ó de los innumerables solitarios que vieron venir hácia ellos á la tentadora.»

Echado sobre la mesa atestada de papeles, seguía él las líneas con la pluma, tarjando letras y palabras, haciendo signos y llamadas, demorándose á veces en intercalar una frase completa que el cajista pasó por alto. Entonces el hilo parlante cortábase de pronto y el ruido interior de las máquinas se derramaba en el silencio del cuartito. Hasta que la lectura recomendaba y volvía la pluma á correr sobre las líneas impresas.

No hacía mucho tiempo que Antonio trabajaba con la hija del regente en la corrección de pruebas. Antes tenía de ayudante á un muchachito tímido y dócil, tanto, que jamás puso mal gesto á las observaciones de Antonio ó á las reprimendas del regente, hombre que, aunque aparentaba ante su clientela una dulzura empalagosa, aparecía lleno de brusquedades y exigencias en sus relaciones con los empleados. Contento estaba Antonio con aquel muchacho; pero desgraciadamente, una pulmonía se lo llevó en ménos de una semana. Fué entonces cuando don Enrique decidió que su hija Paulina ayudara á Antonio en la monótona labor.

Al principio, el cambio de compañero produjo un hondo malestar en el ánimo del corrector de pruebas. Se sentía molesto, cohibido, en presencia de esos ojos tranquilos, de esos labios gruesos, á ratos estriados de finas arrugas y á ratos lisos suaves, húmedos. Le incomodaba la vista de esos cabellos negros y abundantes, de esas manos regordetas, de ese corpiño ajustado y sin adornos, de esas faldas largas y opresoras, demasiado largas para la edad de Paulina, pero no tanto que alcanzasen á ocultar unas botitas de alta caña y torcidos tacones. Molestábale la presencia de todo aquello, nó porque fuera desagradable de mirar, sino porque tales detalles formaban un conjunto

temible para su espíritu apocado: porque todo eso constituía una mujer.

Tener una mujer frente á él, verla día á día, trabajar con ella en aquel encierro, hablarla, oírla á cada momento, parecíale un suplicio insopor- table. Bien sabía él que Paulina, por

su aspecto y sus modales, más parecía un muchacho que una niña. Pero con todo, eso de pasarse las horas en compañía de una mujer, le encojía el ánimo, como una mala expectativa.

En Paulina no hizo efecto alguno la nueva ocupación. Desde pequeña habíase acostumbrado al roce con los empleados de la imprenta. Los hombres trátanla como á un camarada y ella fraternizaba con todos, afanándose en el trabajo. Su alma se había moldeado en aquel medio, y su figura no era sino el trasunto de su alma. Vivía como ignorante de su sexo, agena á esos pudores caprichosos de las muchachas, que no suelen ser sino llamamientos á la malicia, señales disimuladas para atraer la atención de los hombres. Era una mujer porque mujer había nacido; pero no tenía la intención femenina, no sabía ser mujer.

*
*
*

«La Imprenta Católica» pasaba por una época de mucho movimiento. Como la impresión de Obras religiosas—y era la especialidad de la casa—no diera mucho que hacer, por la escasez de encargos, don Enrique había hecho propuestas para la edición de una obra del Ministerio de Hacienda, un larguísimo informe sobre el Salitre, muy adornado de apéndices, notas y documentos. Obtuvo la aceptación de tal propuesta i se empeñó en terminar pronto la numerosa tirada.

La utilidad del negocio sería buena, pero era menester un gran esfuerzo de actividad para salir á tiempo con la edición. Antes de que se concluyera Octubre— y ya era pasada la primera quincena,— la obra debería ser entregada. Se trabajaba, pues, febrilmente. Como los empleados no dieran abasto, hubo necesidad de contratar otros. Desde las primeras horas de la mañana hasta el comienzo de la noche, los talleres trepidaban sin cesar. No tenían descanso las máquinas ni los hombres. Un sonoro zumbir de rodajes llenaba la imprenta constantemente, alto rumor al cual se mezclaba á veces la voz de don Enrique gritando órdenes ó lanzando reprimendas.

Todo era movimiento en el interior. Corrían las poleas en busca de los ejes, giraban las ruedas dentadas calzando sus engranajes; los brazos de acero subían y bajaban cadenciosamente; avanzaba el papel hasta colocarse bajo las formas y los pliegos impresos, húmedos y olientes á aceite, se abatían con suavidad unos sobre otros, formando montones que crecían con rapidez.

Esta actividad inusitada no llegó, sin embargo, al retirado cuartito de la corrección de pruebas. Entre los empleados recién contratados contábase dos correctores, los que fueron encargados de atender el trabajo extraordinario que demandaba la impresión de la obra ministerial.

Antonio y Paulina quedaron relativamente tranquilos en medio de aquella ardorosa labor.

La impresión desagradable que un principio causara á Antonio la presencia de la niña, había ido desapareciendo poco á poco. Se habituaba á la compañía de Paulina y hasta se atrevía á mirarla furtivamente. La rodeaba primero con los ojos y luego, ya un poco más confiado, posaba breves instantes su mirada sobre aquel rostro sin belleza, pero lleno de suavidad. Una vez, sin embargo, al levantar la vista del papel impreso, su mirada se entró por los ojos de ella, que también lo miraba. Fué un calofrío lo que experimentó Antonio, una sensación que le replegó el alma á lo más hondo, como se encoge la antena del caracol al contacto de algún objeto que él, en su rudo instinto, juzga, sin duda, peligroso.

Ahora, entre las eternas páginas religiosas—publicaciones católicas, vidas de santos, folletos místicos, libro de oraciones—había algo que ponía en aquel cúmulo de producciones monótonas y graves una nota nueva, interesante. Eran las pruebas de una revista literaria que, aunque redactada por jóvenes conservadores, de la Academia de San Ignacio, solía deslizar en sus columnas algunos articulillos con vistas á la vida exterior, algunos versos ingenuamente amorosos, algún cuento con olor de humanidad.

La voz blanca de Paulina se coloreaba á veces, adquiría inflexiones, acentuando algunas frases; interpretaba, en fin, con modulaciones que no poseía antes, los diferentes pasajes de la lectura. Antonio, por su parte, no atendía casi á la hoja impresa por oír lo que decían aquellos labios gruesos, humedecidos continuamente como en un saborear de las palabras.



El plazo para la entrega de la edición oficial tocaba á su fin. La actividad en la imprenta adquiría, pues, mayor pujanza. Los operarios, sudorosos, hacían su trabajo en silencio, las máquinas forzaban su marcha y en los talleres el aire recalentado por la labor prolongada, y porque ya la primavera echaba sobre la ciudad las primeras ondas de calor, era fuerte, enervante.

Desde que les fuera encomendada la corrección de pruebas de aquella revista literaria, Antonio y Pauli-

na se empeñaban en despachar rápidamente las páginas religiosas, como si esa incessante repetición de frases terribles y quejumbrosas les produjera fastidio.

—Veinte páginas del «Camino Recto para llegar al Cielo». ¿Quiere que veamos esto primero?

Antonio preguntaba:

—¿Y que más?

—Un pliego de la revista.

—Despachemos el «Camino Recto»—decía Antonio con su voz de sacristán—y en seguida veremos la revista.

Paulina leía precipitadamente, sin esperar que Antonio concluyera de hacer sus garabatos.

Terminaron en un momento las veinte páginas del libro místico.

—Ahora la revista.

Se acomodaron en sus asientos, como disponiéndose á recibir y gustar mejor aquel goce.

Estaban frente á frente, separados por la angosta cubierta de la mesa. Paulina tomó los originales de la revista, los puso ante sí, é igual cosa hizo Antonio con el pliego impreso. Y comenzó la lectura.

Era un artículo algo soso acerca de la moral en el teatro, que el autor exigía á los dramaturgos como condición indispensable para hacer obra duradera.

La voz de Paulina, lenta y cálida al principio, empezó á hacerse rápida nuevamente. Aquello no correspondía á su expectativa.

En seguida vino un cuento traducido del francés, y luego unos versos, del italiano.

—«¿Qué es amor?»

Era el título de la composición.

La voz de Paulina tembló un poco al decir esto. Antonio se inclinó sobre la mesa.

Seguían los versos, musicales y profundos:

Caras vírgenes:

Qué es amor, como logra sus palmas
preguntáis afanosas y en serio...

Ah! el tirano señor de las almas
es misterio, es misterio, es misterio.

Paulina calló, mientras Antonio hacía una corrección al margen. Hubo necesidad de volver á leer la estrofa. Y cuando volvía á leer, la voz de Paulina se cortó de pronto. Su pié, desasosegado, inquieto, acababa de tropezar con el de Antonio, suavemente, en blando roce, que le produjo un desmayo interior.

Se miraron. Los ojos de la muchacha se posaron sobre los del hombre, tranquilos, con un creciente fulgor, muy al fondo. Él bajó los suyos, turbado. Le temblaba la barba imperceptiblemente.

Paulina continuó:

Cual relámpago
en el pecho que altivo lo impetra
ráudo cae sus senos turbando;
ó ratero avisado penetra
muy callando, callando, callando.

La voz volvió á enmudecer. Leía ella ahora para sí, removiendo apenas los labios. Antonio esperaba, con la pluma clavada a' papel y sin atreverse á levantar la vista. En sus sienes comenzó á aparecer el serpiente de dos venillas. Al fin, cuando se resolvió á mirar, encontró los ojos de Paulina fijos en él. Aunque no hizo el menor movimiento, tuvo la sensación de que se echaba para atrás, para no caer á un abismo. La niña sonreía. Era una sonrisa forzada, casi un gesto de dolor. Su mano regordeta avanzó, arrastrándose sobre el papel, y fué á oprimir de lleno la de Antonio.

Siempre mirándose los ojos, ella sonriendo con dolor, él con la expresión de un hipnotizado, fueron alargando sus cuellos hasta que sus bocas se juntaron en un beso desfallecedor, en un largo beso que les puso una nube en la vista y un placer infinito en todo su sér.

Cuando pasó aquel vértigo, la voz de don Enrique, entre el complicado estruendo de las máquinas, gritaba furiosamente.

M. MAGALLANÉS MOURE.

TIERRA DE RELIQUIAS

La Casa Sempere y C.^a ha publicado un bellissimo libro de Francisco Contreras. Se llama *Tierra de Reliquias*. Es un viaje á España, pero viaje de poeta, poblado de emociones, lleno de versos y de atardeceres...

Tierra de Reliquias está escrito en un prosa trabajada, prosa de orfebre, precisa, loca, chispeante, y siempre impregnada en una música delirante de espiritualidad.

Sus paisajes son vivos y nerviosos, saltan, juegan, rien. Contreras sabe decir con una sola nota delicada, el tono de un paisaje, el alma de una ciudad ó el carácter de un artista.

Abre el libro con un artículo titulado «Hacia España». El poeta deja Francia sin pena, mirando en las orillas del «Garona, las risueñas colinas envueltas en el oro moribundo de la tarde que declina»... Durante todo el viaje siente la impaciencia juvenil de llegar á España, y cuando pasa Yrúm, primera estación española, por sobre las páginas aletea un suspiro de satisfacción. Este artículo es breve y musical. Alegra. Agradece. Me parece un juguete...

En todo el libro vibra el amor á España y á su lengua. Al final de «El solar del Cid» el poeta dice:

«Lengua de Castilla, armoniosa campana de hierro! ¡Reina de los idiomas hispanos, tú imperas hoy sobre la península unificada, más sin conseguir desterrar los dialectos regionales, tus émulo! En cambio, allá, tras el océano, más de veinte países te tañen con amor, orgullosos de tu belleza. Quienes les acusan de maltratarte, no saben lo que dicen. Celosos de tu vida, ellos se esfuerzan por renovarte, por darte un nuevo brillo. Ellos te tratan así, amorosamente. ¡Ellos te aseguran el porvenir!»

Este libro no es sólo de impresiones. Al final trae algunos estudios sobre literatura y literatos modernos: Rueda, Canedo, Valle Inclán y Villaespesa.

Cuando Contreras describe una corrida de toros,

lo encuentro frío. No florece ningún entusiasmo en él, ante los redondeles enarenados, manchados con sangre tibia... Ni un grito ardiente mirando los trajes de los toreros, los abanicos, y la lluvia fabulosa de sol que se derrocha por los tendidos. El poeta no aplaude. Permanece frío. Le interesa más hablar sobre el arte arquitectónico.

En el capítulo en que habla de los editores, Contreras nos muestra la puerta de la gloria cerrada. Madrid no tiene editores. Fernando Fé no edita un volúmen desde hace veinte años! Barcelona—el centro editorial—edita libro barato, libro malo. De manera que los jóvenes escritores que soñaron hacer editar sus obras en Madrid, pueden pegarse un tiro.

En «costumbres é ideas» pinta maravillosamente el carácter meridional, vivo y expansivo. Allá todos son amigos. En dos días conoció á Salvador Rueda, Enrique Díez Canedo, Eduardo Marquina, Antonio Machado, Basco Ibañez, Ramón del Valle Inclán, Pío Baroja, Mariano Miguel de Val, Francisco Villaespesa, Antonio Zozaya, Roberto Castrovido, Felipe Trigo, Andrés González Blanco y á tantos más... En el mismo artículo apunta una escena chispeante en un café, sabrosamente española. Allí se discute el modernismo y las ideas progresistas. Un canónigo, retrógrado y porflado como buen canónigo, los ataca á gritos, culpando á América... Esta escena tiene un ambiente encantador.

En todo el libro de Francisco Contreras se vé la llamarada del arte y de la espiritualidad. Todas las páginas vibran ardientes y ágiles en ellas á veces solloza mansurrona la nostalgia de la patria lejana; á ratos el incendio del entusiasmo llena las frases de nerviosos arranques; pero en todas canta el aleteo lírico del estilo. Contreras, como buen poeta modernista, siente la música de la forma.

DANIEL DE LA VEGA.

LA NAVE VIEJA

El señor Antonio Orrego Barros, acaba de publicar un cuaderno de versos—un poema original y bello, escrito en jerga del bajo pueblo, que siempre este poeta ha manejado correctamente.

«La nave vieja» se llama el poema. Es una hermosa narración del combate de Iquique, hecha por un viejo marinero de la «Esmeralda, con su lenguaje rudo y picaresco, pero intensamente claro».

Los versos son fluidos y armoniosos, tienen emoción. En ellos se retrata maravillosamente el alma gallarda y aventurera de nuestro roto, que ante la muerte sólo tiene un frío encogimiento de hombros. En todo el poema vibra el patriotismo real que aún se aferra á todos nosotros.

A nuestro humilde juicio, «La nave vieja» es la

mejor obra del señor Orrego Barros: Desde el comienzo hay interés, y al terminar, en las últimas estrofas, solloza la nostalgia que sienten los viejos marineros por su nave perdida para siempre.

«Pobre «Mancarrón»

Hizo todo lo que pudo»...

Esta obra no es de las nuevas del señor Orrego, al contrario. Ya conocimos este poema en los primeros números de «Zig-Zag» allá por el año de 1904, más tarde lo vimos reproducido en «La Unión». Pero el poeta ha hecho bien imprimiendo en un cuaderno la obra entera. No es obra volandera ni de ocasión. Merece quedar en las bibliotecas. Nuestras sinceras felicitaciones al autor.

E. DE LA V.



UNA introducción al inaugurar estas charlas? Dos palabras? Un prologuito? Casi no hay necesidad. Diré tan sólo que al escribir esta sección, no pienso ni quiero que tenga carácter de crítica sino más bien de charla. Esta tiene varias ventajas: eludir una responsabilidad directa, cierta comodidad para tratar los asuntos y más amplio marco para encuadrar.

Además, cuando una frase ó una apreciación moleste á persona determinada tiene ella la garantía de poder decir:

“Bah! Es eso una simple apreciación, sin consecuencias, ni para el que escribe ni para el que lee”.

Y esto último, “sin consecuencias”, es lo que me dice á charlar.



La vida de teatro, tan encantadora como ingrata, tiene la ventaja sobre la otra vida, de componer los acontecimientos á gusto propio. Todo depende de un telón más ó menos, de un trasto de utilería, de una sonrisa ó una frase que el apuntador corrija á tiempo. Los malos ratos dependen entonces de torpeza del apuntador, sobre quién hacemos pesar toda la responsabilidad. Es cosa sabida que del traspies de un cómico, tiene siempre la culpa el apuntador.

En la otra vida, fuera de bastidores, hay también su apuntador, y éste es el talento, cosa, por desgracia, poco visible para propinarle un palo y hacerlo culpable de nuestra torpeza.

Decía que en la vida de teatro todo puede componerse, excepto el rostro feo de una tiple, y siendo así, los empresarios nuestros, tienden á la descompostura. Y venga un ejemplo. ¿Cuánto tiempo hace que no tenemos entre nosotros una buena Compañía de zarzuela? Pienso, y apenas si recuerdo á Emilio Carreras, que en su Compañía, si no completa, había dos magníficas figuras; él y la Isaura. Luego hemos visto muchas Compañías, y ninguna ni semi completa. Un primer actor, una tiple, á veces un barítono, célebre en los carteles, y nada más.

¿De qué proviene esto? En primer lugar de la tacañería de los empresarios, y en segundo lugar, de la exajerada celebridad de los cómicos.

Y nadie se extrañe de la frase. En nuestra vida hay hombres célebres y otros que no lo son; pero en el teatro todos son célebres ó están en camino de serlo. Y dos celebridades no caben en cualquier escenario.

Juzgarse célebre, creo yo que ha de ser una cosa muy agradable; pero al mismo tiempo, incómoda. Suelen aquellos afortunados equivocarse, cantar mal, hacer el ridículo; y luego qué difícil defender el adjetivo en circunstancias así.

Cuando los empresarios acceden á contratar buenos elementos, luego viene la lucha entre ellos, una lucha despiadada, infantil y cruel á la vez.

El elemento masculino se odia; el femenino se sonríe y se besa. Nadie es más cruel y fino en la ironía que las tiples, que los actores en general.

Preguntadles:

—Conoce Ud. á Fulana?

—Está muy bien haciendo “La Revoltosa”.

Y luego viene la sátira; despiadada, entre sonrisas, entre chistes, y la aludida resulta un pingajo. Porque hay que convenir que nadie es más cruel que una tiple para satirizar, como también nadie sabe aplicar con más eficacia un calificativo galante.

Los críticos, jamás deben temer á los actores. A lo más, éstos llegan á la ingenuidad del insulto y en casos especiales al palo, que tiene el inconveniente de poder ser devuelto. La actriz, es más refinada, espera, estudia, elige la ocasión, y cuando menos lo pensáis, os véis en el ridículo más espantoso.

Me contaban en días pasados, la venganza que la tiple Lafont, ejerció sobre un crítico de la Habana. Era éste muy desaseado, hasta el punto que se murmuraba de él que no tenía tratos con el agua desde tiempo muy largo. Este individuo escribía muy bien,—lo que nos demuestra que se puede escribir muy bien y ser muy desaseado—y le dijo á la Lafont, que para ser buena tiple tenía que acortarse la nariz. La Lafont sonrió, y debe haber sonreído de-

masiado, cuando envió al crítico un trozo de jabón *bruto*, un ladrillo y una peineta, con la precaución de poner antes esto en conocimiento de varios admiradores, que se encargaron de contárselo á todo el mundo.

Llegó una noche el crítico al teatro, y todos los asistentes lo miraron, lo examinaron y resolvieron por

decir, "Hé ahí al que la Lafont obligó al aseo", y la frase corrió de boca, y la Lafont encantada y siempre sonriente...

Ni palos, ni insultos, ni bofetadas, sino tan sólo aquel paquetito con útiles de lavabo.

Y estoy seguro, que la Lafont, cuando estuvo de nuevo al frente del crítico, le diría con una de sus mejores sonrisas:

—No me haga Ud. caso; fué una locura...



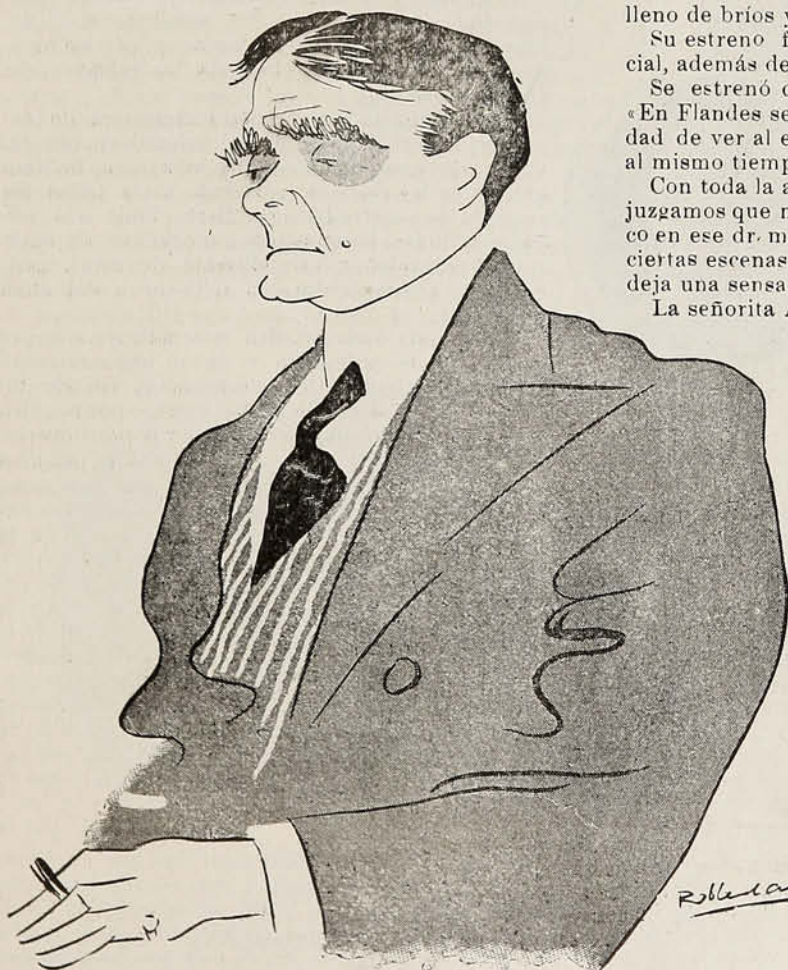
A falta de espectáculos teatrales, en estos últimos días hemos sido sorprendidos por tres noticias dolorosas. La muerte de Enrique Gil, la primera. No nos extrañó; pero nos impresionó. Aunque hacía tiempo, esperábamos que Gil abandonara el escenario de la vida, aunque al despedirnos de él, en la calle, antes de marcharse, tuvimos la convicción que estrecharíamos por última vez su mano; sin embargo la noticia de su muerte, nos emocionó.

Era Gil, además de actor de clara conciencia del arte, un cumplido caballero.

Nunca lo ví satirizar á sus compañeros, y qué raro es esto en el mundo de la escena, en donde se vive en perpétua lucha, en donde la gloria es una mujer un poco liviana á la que hay que conquistar muchas veces, en una lucha de malas pasiones.

Gil era muy querido de sus compañeros. No fué para ellos un director: fué casi un hermano.

Vayan estas líneas como un recuerdo al artista y al hombre bondadoso.



El cable nos anunció en días pasados que el primer actor de zarzuela, Emilio Carreras, había sido víctima de un ataque de parálisis, mientras estaba en escena en el «Gran Teatro», de Madrid.

Otra dolorosa noticia que lamentar, tanto más cuanto que Carreras dejó, entre nosotros, recuerdos inolvidables de su brillante temporada.

Carreras me fué muy simpático. Además de admirarlo como actor cómico, me agradaba su trato sencillo, su casi inconciencia de lo que valía dentro de su arte. Me parece verlo en la intimidad de su camarín, un poco triste siempre, con la tristeza que tienen los cómicos que en las tablas nos hacen reír, calándose las gafas, como un buen cura de aldea, para leer un original. Hubo veces en que se alegró. Pero fugazmente, para volver á esa tristeza de siempre. Quien al verlo así, jamás podía imaginarlo entrando en escena en «Pobre Balbuena» y diciendo con tanto regocijo las frases aquellas del conquistador ridículo: «Ay! querido sastre, cuán inconsciente y cuán fútil eres, que mal conoces al bello sexo. Las mujeres son como la cola, cuando pegan, es que empiezan á estar en su punto».

La gracia de Carreras, es solo de él, y por lo tanto tiene derecho el simpático actor, á la gloria que le otorga España en su género.

Hacemos votos por su pronta mejoría.



La gran nota teatral de la semana, ha sido el estreno de la compañía de Enrique Borrás, en el Santiago.

El eminente actor vuelve á nuestro país en la plenitud de sus facultades artísticas. Vigoroso, joven, lleno de bríos y entusiasmos.

Su estreno fué un lleno completo, una fiesta social, además de artística.

Se estrenó con el hermoso drama de Marquina, «En Flandes se ha puesto el sol». Teníamos curiosidad de ver al eminente creador de «Tierra Baja» y, al mismo tiempo, temor, en el drama de Marquina.

Con toda la admiración que sentimos por Borrás, juzgamos que no está bien su temperamento artístico en ese drama lírico. Sir de dejar de aplaudirlo en ciertas escenas, la interpretación total de la obra nos deja una sensación de cosa incompleta, débil.

La señorita Adamúz, primera dama de la Compañía,

nos hizo una Magdalena muy parecida á la de la Guerrero. Mucho de su entonación nos recordaba á la gran actriz española.

La obra, en total, resultó, sin pasar los límites de lo bueno.

El triunfo completo, definitivo, de Borrás, fué en «El Gran Galeoto», haciendo el Julian. Cuánta novedad, cuánta intensidad, en la concepción! Vimos á Julián, con un relieve no conocido. La muerte en el último acto fué magnífica. Veíamos al Borrás de las grandes noches de «El Alcalde de Zalamea», de «Tierra Baja», de «Buena Gente».

Codina muy bien En Flandes se ha puesto el Sol; y en El Gran Galeoto, haciendo Ernesto, con bastante cualidades.

Hemos de aplaudir á la señorita Adamuz; en El Gran Galeoto tiene momentos muy tiernos.

N. YAÑEZ SILVA.

Don Sallares



Un Pintor Rebelde

Benito Rebolledo Correa

ALLÁ lejos, en Providencia afuera, donde la atmósfera toma azules y limpias amplitudes maricas y donde el alto y grave edificio de una fábrica ó de un molino, con su hilera de ventanas mudas, se da un apretón de manos con las primeras casitas rurales, fué don le fuimos á visitar á este artista rebelde como un Ravachol y humilde y suave como un Cristo en oración.

Ahí vive, en una vieja quinta, que más semeja vivienda de prelado octogenario, que "garconnière" de bohemio.

El tranvía nos dejó casi á la puerta. Llamamos.

—¿Está Benito?...

La criada que nos ha abierto parece dubitar. Pensamos, que, acaso está desorientada por la familiaridad de nuestra pregunta ó quizás por el fin que allí nos lleva.

—Avísele que de la Redacción de PLUMA Y LÁPIZ...

Al decirle á la fámula nuestra calidad de redactores de una revista, nos guía simplemente el deseo de no perder nuestro viaje, pues, la psicología nos ha enseñado, que pocas veces se niega una entrevista á la persona que murmura al oído de un lacayo, la mágica frase: «De la Revista tal...» «Del diario cual...», que tiene la po-

derosa virtud, ante las puertas herméticas y las personalidades inabordables, del maravilloso «Sésamo ábrete» de las Mil y Una Noches.

Pero delante de la puerta de Benito Rebolledo Correa, este santo y seña no tiene objeto, es supérfluo.

Y la prueba de ello es que, el pintor, que ya ha conocido nuestra voz, se acerca por el zaguán, adelantando, por sobre el hombro de la sirviente, su rostro moreno y expresivo, rodeado de una barba-negrísima, rizada y enmarañada de evangelista. La criada ha dejado la puerta franca, y nosotros nos sorprendimos de no ver al artista descalzo, en la mano el alto cayado, vistiendo el pardo y áspero sayal del hermitaño, como complemento de esa cabeza de Bautista, que parece arrancada de algún fresco de vieja catedral española.

—¡Ah!... ¿Eres tú?... Entra...—nos dice, echándonos una mirada risueña por el angulo de los párpados fruncidos, como si apreciara el valor de una pincelada recién puesta sobre la tela.

Entramos, y de súbito, casi sin transición, pasamos de la opaca claridad del pasadizo, al taller, iluminado con todas las violentas y cálidas luminosidades del sol, que el artista ha robado para sus cuadros.

Aquello nos da la sensación imaginativa de encontrarnos en el misterio del laboratorio de un Cagliostro, que por un conjuro milagroso, hubiera abierto en las paredes, ventanas hacia todos los paisajes de nuestra hermosa tierra. Cada tela colgada del muro, corresponde á un pedazo de naturaleza, borracha de luz y vibrante de color, pero en la que existe siempre la nota típica del alma del artista.

Y esta nota característica la constituye siempre la rebeldía de su espíritu y de su temperamento fogoso de luchador. Desde muchacho, cuando ingresó á la Academia de Bellas Artes,—por poquísimos tiempo,—su caracter ardiente y revolucionario,

lo llevó á pelearse con sus maestros, que lo querían uncir al arado de la rutina. El discípulo no quería ó no podía ver el color y la línea á través de la retina de los maestros. La luz tamizada y falsa del taller lo desesperaba, le despertaba sensaciones diferentes en su cerebro y para marchar solo por la



naturaleza no le hacían falta lazarillos que lo llevaran de la mano. «Dejadme solo,—exclamaba—yo también tengo dos ojos y no necesito guías...» Y abandonando la Academia, en los ratos que le dejaba libre su oficio de pintor de liso ó de brocha gorda, se

marchaba á la campiña con los ojos del rostro y del alma bien abiertos, sin más compañía que la fé en su talento artístico.

Y al volver de allá, si no traía siempre dentro de su caja de colores alguna sabrosa manchita campesina, á lo menos, iba aprendiendo á adorar y á conquistar la naturaleza, que debía entregársele más tarde, sumisa, palpitante y fresca, como una adorable é ingénua chiquilla florecida en pleno campo, en dulce comunión con los pájaros y las nubes.

Su primer triunfo—si aquello se puede llamar así—lo obtuvo con su famoso «Mercado de blancas». Tela imperfecta si se quiere, pero de un enérgico gesto de audaz valentía, ante un público hipócrita, que traíea con «entrevée» la blanca desnudez de las Venus y desnuda con lúbrica mirada de sátiro á las mujeres por la calle. No he de narraros la historia, todos la sabéis, tal vez conozcáis mejor que yo aquella cómica odisea del cuadro, su rechazo del Salón, su exposición en la vía pública la intervención de la autoridad, etc.

El pequeño escándalo no tuvo mayor resonancia pero el público consciente hubo de fijarse en ese mocetón bravío, de blusa revolucionaria y corbata «choufleur», que parecía recién llegado del fondo de la salvaje montaña araucana y que pintaba con rayos de sol.

Desde entonces datan sus triunfos y su constante progreso. Es esto lo que más asombra en la vigorosa labor de Benito Rebolledo Correa: el progreso. Os lo repito. Asombra, verdaderamente. De exposición á exposición, de mes á mes, de día en día, se nota en sus telas la evolución siempre creciente hacia la perfección técnica. Comparando fotografías de sus cuadros últimos, con los que adornamos estas páginas se ve á simple vista el enorme avance. La línea se suaviza; las sensaciones de luz,—que para los airelibristas, constituyen el alma de sus cuadros,—se afinan de un modo maravilloso; la gama del color se armoniza, sin esas pinceladas de matices opuestos en un mismo pedazo del lienzo, que antes empleaba; la profundidad admirable no solo está obtenida por los recursos de perspectiva lineal, sino también por la valorización cromática de los tonos, la pincelada misma se sueña con graciosa liviandad.

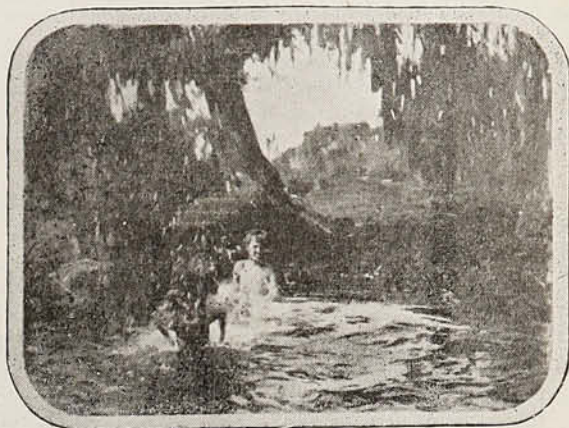


Todos estos problemas de técnica pictórica, han sido resueltos por el pintor en el aislamiento de su alcázar de marfil, sin maestros, sin seguir tendencias ó desinteresados consejos de la camaradería, que casi siempre es la que, consciente ó inconscientemente,

pone la cáscara para que el compañero resbale al abismo del fracaso. La resultante de este solitario vivir ha sido también su personalidad inconfundible.



Encontramos á Benito Rebolledo atareadísimo, preparando su próxima exposición, que se lleva á cabo en los elegantes salones de EL MERCURIO. Las telas que reproducimos irán á ese sarao artístico.



Mientras Benito nos explica estas cosas, dejamos vagar nuestra mirada distraídamente por un rincón del taller, al que van invadiendo las sombras de la tarde. Un retrato de Tolstoy, vestido con un blusón de mugik, en uno de cuyos bolsillos anchos aparece el lomo de una Biblia enana, nos hace sonreír, recordando las ideas socialistas del pintor. Este nos mira, y en el fondo de sus ojos brillantes y serenos, tiembla, como en la quietud de esos remansos dormidos bajo el toldo de los sauces pensativos, toda una triste caravana de añoranzas de sus tiempos de apóstol.

—¿Recuerdos de entusiasmos juveniles?—le decimos para pincharlo, señalando con un gesto despectivo de los labios, el retrato del patriarca de Jasnaña Poliana.

Sus ojos se iluminan con un destello ardiente y sincero.

—¿Qué? ¿Te imaginas que he claudicado? NÓ. Lo que he hecho, sí, es cambiar el procedimiento. Es necesario educar al pueblo, refinarlo, levantarlo hasta nosotros, antes de hacerle el bien... Así como está ahora, no sabe, no puede comprenderlo...

—¿Y por qué?

—La práctica me lo ha enseñado.

—Veamos cómo.

—Hace de esto mucho tiempo. Yo pensaba que si el pueblo era malo y criminal, era porque en la mayoría de los casos tiene frío y hambre. Y cuando el frío quema las carnes y el hambre muere en el estómago, como una jauría de perros rabiosos, ambos le gritan á uno al oído:

—«¿Tienes hambre? ¿Y por qué? ¿No has visto en la vitrina resplandeciente del restaurant las perdices de carne blanca y morena como la de una muger? ¿Y las inmensas langostas que mueven las antenas con tímidas lentitudes? ¿Y el champañ rubio? ¿Y la sangre roja de los viejos tintos? ¿Y el café negro y perfumado que exalta los nervios tan dulcemente?»

Y uno les dice: «Sí, todo lo he visto, pero no tengo dinero»...—¿No tienes dinero, dices? ¿Y por qué? No viste á ese señor que bajó del automóvil, envuelto en un gabán de pieles? Ese lo tiene, es inmensamente rico.—Pero no me lo dará, si se lo pido.—¿Qué inocente eres! ¿Quién habla de pedir? ¿No eres fuerte?

¿No tienes un par de brazos robustos y fornidos? ¿Para qué crees que son? Para eso. Para darle á ese caballero un abrazo de «confraternidad» y quitarle la cartera y si se resiste, lo estrangulas, que tú también tienes derecho á vivir»...

Pensando en esto tuve una idea. Puesto que yo ganaba lo suficiente para mis necesidades ¿por qué no emplear el sobrante en engañarle el hambre á esos muchachos vagos que deambulan por ahí? ¡Qué contento me sentí el Sábado siguiente cuando recibí mi escaso jornal de obrero! Apretaba los sucios papeles entre mis manos y pensaba: ¡cuántos pobres van á comer esta noche! Me fui á un almacén y compré queso y pan. Hice bastantes sandwiches y me fui á la Alameda, donde había visto siempre á esos niños que tiritaban bajo sus harapos, acurrucados en los asientos. Allí estaban como de costumbre. Me dirigí al grupo. Eran seis ó siete.—¿Tienen hambre niños?

¿Quieren pan? Tomen.» Les alargaba los sandwiches, contento, acechando en el brillo de sus ojos húmedos por el frío, el efecto que haría en sus espíritus ese poquito de felicidad que yo ponía ante sus bocas. ¿Qué crees que sucedió? Me miraban desconfiados, tomaban el pan y echaban á correr. Probablemente corren de alegría, pensaba yo. Pero al dirigirme á uno que estaba solo en un banco, oí que los otros le gritaban desde lejos: «Arranca, Guatapirula, hó, mira que es...» Al mismo tiempo arrojaban el pan á la acéquia.

Me atribuían—concluye el pintor, sonriendo tristemente—las aficiones sensuales del Barón de Labos y de los habitantes de Sodoma... Y con razón! ¿Con qué derecho iba yo á matarles el hambre?

MARTÍN ESCOBAR.

Julio de 1912.

EL CONGRESO ESTUDIANTIL



El americanismo triunfa, y toma aptitudes rápidamente.

Una grata impresión ha dejado en nuestra sociedad la visita de los estudiantes brasileiros argentinos y uruguayos, que pasaron por Lima al Congreso Estudiantil.

Esto ante que todo nos parece un bello símbolo. Un magnífico apretón de manos.

Estamos cansados ya de las paces que celebran continuamente las repúblicas sud-americanas, que no pasa de una docena de banquetes, y de dos banderas atadas de una manera cursi por un lazo de fraternidad.

Estos sentimentalismos de la política no conducen á nada—decía Manuel Ugarte—hasta el día en que cesen los símbolos teatrales, y la comunión se haga por la comercia y la intelectualidad.

El Congreso Estudiantil es el primer paso, solidamente dado. Ojalá que éste bello gesto encuentre eco en todos los corazones, hijos de este puñado de patrias jóvenes, como un as de alboradas.

Y ésta es la única manera de preparar la defensa para mañana de los zarpazos de un ogro viejo.

Reproducimos un grupo de éstos distinguidos estudiantes, tomada durante una visita que hicieron á la Moneda.

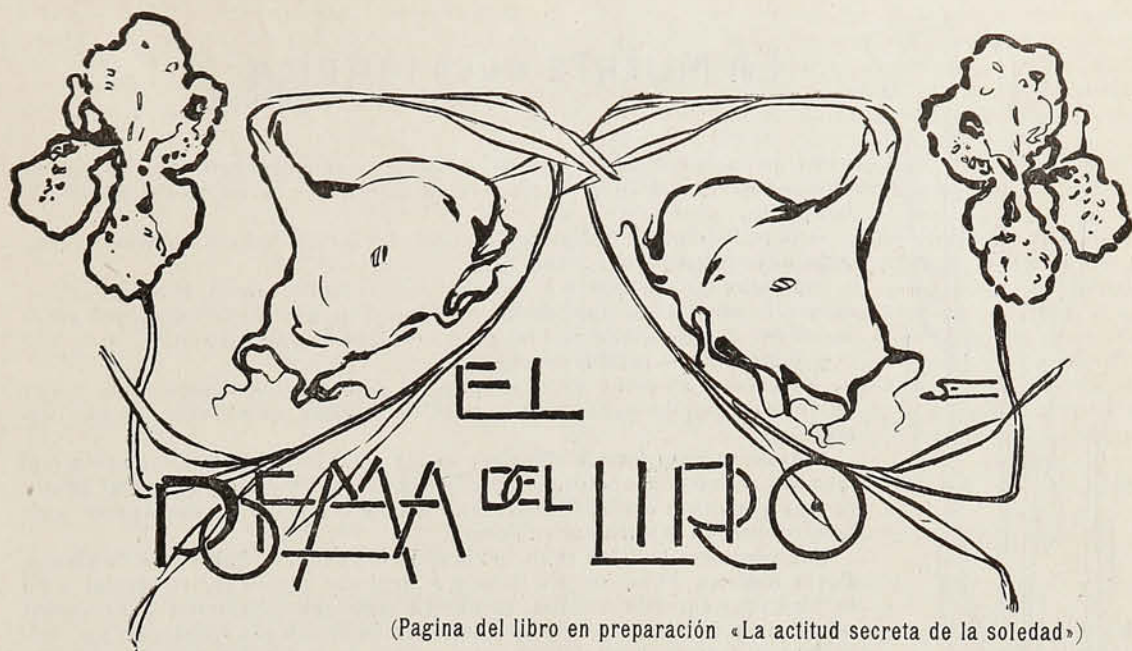
14 DE JULIO

Brillantísima resultó la fiesta del 14 Julio último. En el banquete patriótico verificado en el Teatro Politeama, el esprit frances dió un bello colorido á esta gran reunión. A la hora del champagne, hizo uso de la palabra el seor René Gorichón, presidente del comité de fiestas. Contestó el señor Ministro de Francia don Paul Veillet Dufreche, y á este le siguieron en el uso de la palabra señor Roberto Huneeus, el comandante Echavarría en nombre de los militares chilenos condecorados con la Legión de Honor, una alumna de la escuela Arriarán, el señor A. Reyé en nom-

bre de L'Alliance Francaise, y don Armando Civrac. Después las alumnas de la Escuela Arriarán cantaron la Marsellesa en forma correctísima.

Cerca de las tres de la tarde terminó ésta simpática fiesta.

Gran números de los asistentes acompañados por el Orfeon de Policía se dirigieron después al local del Círculo Frances, en la calle de Ahumada, en donde se continuaron las manifestaciones de regocijo. El Orfeo continuó tocando variadas piezas francesas y chilenas que avivaron el entusiasmo.



(Página del libro en preparación «La actitud secreta de la soledad»)

Tomó el bulbo escamoso y amarillento y le dijo:

—Tú serás un lirio.

El bulbo, le repuso:

—¡Qué locura! Todo está marchito en mí, todo está muerto y seco.

—Déjame hacer, sin embargo

Desde mucho tiempo atrás, el joven había observado que el hombre tiene un estrecho parentesco con el resto del Universo, porque había descubierto secretas afinidades entre el pensamiento y los astros y entre las leyes que rigen el mundo físico y las leyes que rigen el mundo intelectual. ¿Qué le faltó, pues, una mañana, para saludar al sol, en ésta forma:

—Salud, hermano en la luz?

Aquel día, seguro de no equivocarse, le dijo al bulbo escamoso y amarillento:

—Déjame hacer.

—¿Cuál es tu designio?

—Implorar la ayuda de los grandes poderes creadores del Universo.

—¿Cuáles son esos poderes?

—La tierra, el agua, la luz y el calor.

—¡Ah!

—A la tierra, le diré: «Nútrelo con tus jugos; nútrelo en secreto, para que así se cumpla en tu seno, el espasmo de las grandes realidades.»

—¿Así le dirás?

—Y al agua:—«Dále de beber. Ten tú la piedad que, á menudo, le falta á los hombres. Dále de beber. Que no te avergüences de cumplir tu destino. Hay momentos en que los objetos más comunes y las más sencillas ocupaciones, producen emoción sagrada.»

—¿Así le dirás?

—Y al calor:—«Protéjele con tus rayos contra el hielo de las malas esperanzas y contra la escarcha entumecedora de las grandes desilusiones.»

—¿Así le dirás?

—Y á la luz:—«Hay en tí un gran factor de sediciones, porque eres el grito de eterna protesta contra las obscuridades malsanas de la tierra: dále pues, parte de tu alma á éste pequeño amasijo infame, que encierra dentro de sí, magníficos cantos blancos.»

—¿Así le dirás?

—Después, nos despediremos: tú á cumplir tu destino, sepultado en la tierra y yo, á cumplir el mío sepultado en el dolor.

—¡Ah!

—Pero, tú tendrás tu recompensa, porque de súbito, un día, saliendo de tu larga inanidad como si el dolor de no ser te trabajase con solícita inquietud, empezaran en tí las pulsaciones de la fiebre misteriosa, de la fiebre voluptuosa. Y concentrándote en tí mismo y dilatándote con el espasmo de los mundos, brotaras á la luz bajo la forma de largas y vacilantes hojas... Y creceras y te haras bello y sutil en el alargamiento de tu tallo delicado y luego, como si un alma frenética hubiese llegado hasta la perpétua celada que la vida le tiende á la vida, entraras al periodo divino del florecimiento... Y te coronaras con una maravillosa diadema de plata, que solo las estrellas miraran sin inquietud.

Luego, á raíz de una larga pausa, le dijo:

—Tiemblas como si fueras víctima de perplejidades.

El bulbo le repuso:

—¡Engendrar una flor! ¡Qué gloriosa tarea!

—Pero, recuerda que para levantar el velo de Isis se necesita una mano firme y segura.

—Nada temas; ganaré la partida y floreceré en una nupcial mañana de primavera... Pero, entre tanto, ¡cuánta dilación aún que soportar!

—¿Qué importan las dilaciones, si se ha de florecer algún día?

LEONARDO PEÑA.

LA MUERTE DE LA MARICA

POR RAFAEL MALUENDA

AL amanecer, Egidio despertó, sintiendo que golpeaban en el ventanillo. Procuró despejarse y sentándose en la cama se oprimió los ojos con ambos puños.

— Don Egidio... don Egidio, — decían afuera. — Está buer o que se levante. Algo tiene la «Marica»; malita está.

— Maldita sea! — expresó el hombre estirando los brazos. Hizo un esfuerzo y echó las piernas fuera de las sábanas. Aún adormilado se apretó sobre las sienes el pañuelo de yerbas, y permaneció un instante inmóvil...

— Don Egidio! — repitieron afuera.

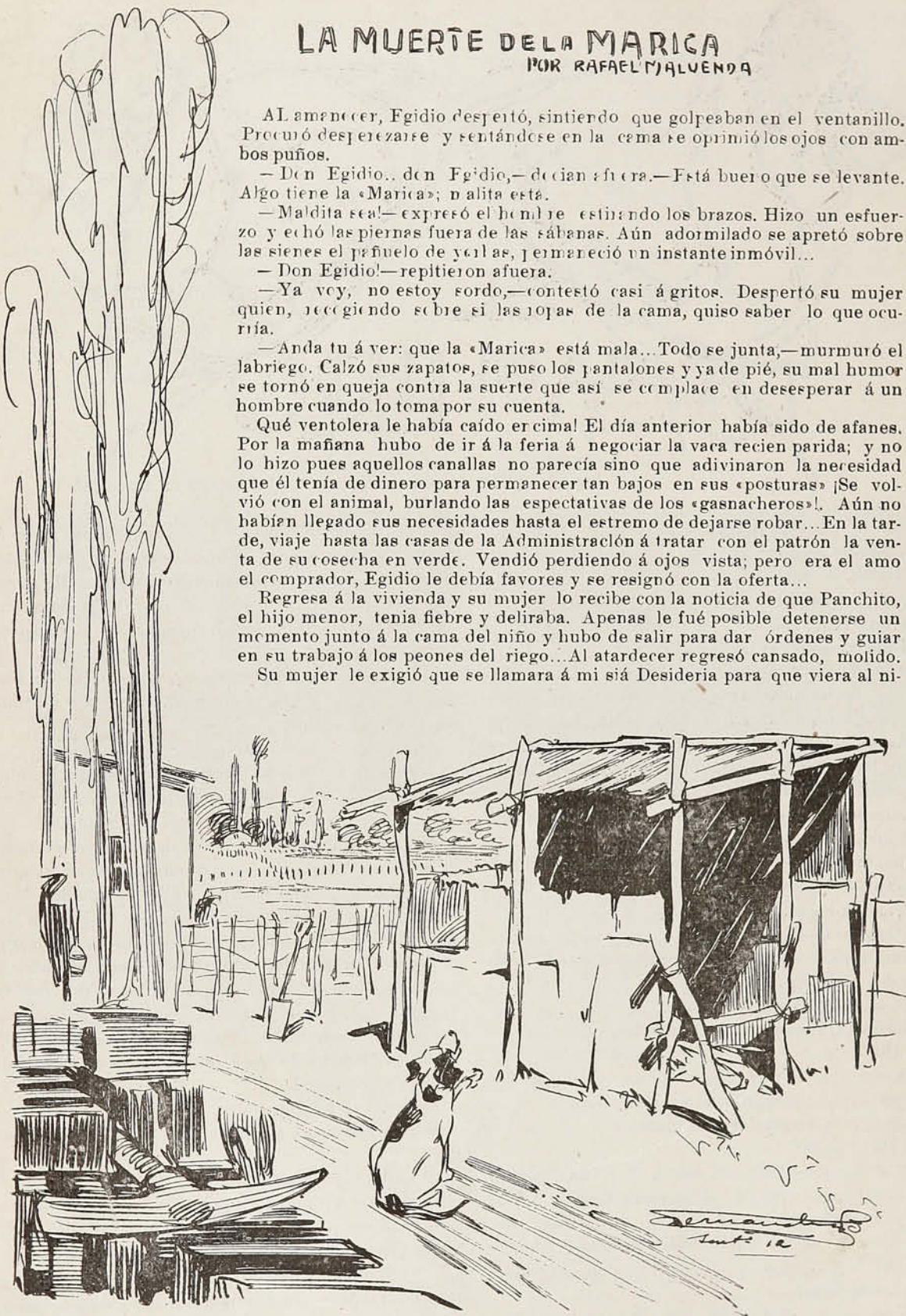
— Ya voy, no estoy sordo, — contestó casi á gritos. Despertó su mujer quien, recogiendo sobre sí las ropas de la cama, quiso saber lo que ocurría.

— Anda tu á ver: que la «Marica» está mala... Todo se junta, — murmuró el labriego. Calzó sus zapatos, se puso los pantalones y ya de pie, su mal humor se tornó en queja contra la suerte que así se complace en desesperar á un hombre cuando lo toma por su cuenta.

Qué ventolera le había caído encima! El día anterior había sido de afanes. Por la mañana hubo de ir á la feria á negociar la vaca recién parida; y no lo hizo pues aquellos canallas no parecía sino que adivinaron la necesidad que él tenía de dinero para permanecer tan bajos en sus «posturas». ¡Se volvió con el animal, burlando las expectativas de los «gasnacheros»!. Aún no habían llegado sus necesidades hasta el extremo de dejarse robar... En la tarde, viaje hasta las casas de la Administración á tratar con el patrón la venta de su cosecha en verde. Vendió perdiendo á ojos vista; pero era el amo el comprador, Egidio le debía favores y se resignó con la oferta...

Regresa á la vivienda y su mujer lo recibe con la noticia de que Panchito, el hijo menor, tenía fiebre y deliraba. Apenas le fué posible detenerse un momento junto á la cama del niño y hubo de salir para dar órdenes y guiar en su trabajo á los peones del riego... Al atardecer regresó cansado, molido.

Su mujer le exigió que se llamara á mi siá Desideria para que viera al ni-



ño enfermo; él se había opuesto, tanto porque aquello le parecía prematuro cuanto porque la «médica» no se acercaba de balde a las viviendas de los inquilinos. Pero ella, la madre, insistió y fué necesario enviar recado a la curandera...

Media noche se pasó Egidio buscando un medio acertado para deshacerse de la vaca en buenas condiciones. Habían cantado y los gallos cuando se durmió... y ahora venían a despertarlo con aquella noticia: la «Marica» enferma!

—Señor, ya es fatalidad!—se quejó el labriego.

Se puso la chupalla sin quitarse el pañuelo que abrigaba su cabeza, se echó al hombro la manta, dió algunos pasos por la habitación vacilando...

—Dile a Mañingo que se pase por lo de misía Desideria—suplicó la mujer.

—¿Para qué? Qué sabe ella de estas cosas!

—Pero, Egidio...

—Ah! Sí, sí...

Se olvidaba del niño. Fué hasta el camastro colocado en un rincón y clavó sus ojos en el semblante sudoroso del enfermito: estaba pálido, parecía de cera y era fatigosa su respiración. Se alejó el labriego murmurando:

—Pero qué diablos le ha podido venir? De seguro que ayer le dieron agua corrida como estaba... En fin, vamos allá... ¡Pobre «Marica»!

Y salió del cuarto esperanzado en que no había de ser tan mala su suerte para que lo de la «Marica» resultara grave.

Clareaba el día. Un fulgor rosa pálido se diluía en la atmósfera, partiendo de las distantes lomas. Cantaban en los follajes los pájaros mañaneros, y en el trozo de patio que había delante de la casa, algunas gallinas picoteaban en los hatos de paja.

—No sé que puede tener, don Egidio, no he querido sacarla del galpón y allí está. Parece...—le fué explicando al peón, mientras cruzaban el patio en dirección al cobertizo donde guardaba el labriego sus aperos de labranza, y en cuyo extremo estaba la pesebrera de la «Marica».

—No me faltaba más que esto—iba diciéndose el labriego sin atender a lo que el gañán contaba.

Un bando de palomas emprendió el vuelo desde el alero del cobertizo; plumillas blancas y tenues ondularon en la lechosa claridad del alba.

—...Resulta que yo vine a sacar los chuzos cuando sentí que la pobre resoplaba... Miré y la ví...

—Bueno, bueno, ya lo veré yo,—lo detuvo el campesino mal humorado.

Apartó con mano áspera los sacos y trozos de «gancho» tendidos delante de aquel extremo del galpón transformado en cuadra, y entró.

Allí estaba la «Marica»: echada sobre los manojos de paja húmeda, apoyaba el hocico en el suelo; por los bellos entreabiertos se escapaba una respiración silbante y entrecortada. No hizo ningún movimiento al sentir que los hombres entraban.

—Mal haya sea!—exclamó su dueño.

Castañeo la lengua y la empujó con el pie. El animal amusgó las orejas y permaneció quieto. Entonces Egidio se inclinó, la acarició, la nombró repetidas veces.

—Arriba, «Marica»... Vamos, halál!

Primero recogió las patas, estendió después las manos, buscando apoyo en las asperezas del suelo, y sólo después de dos enviones logró pararse. Y allí quedó inmóvil, tendido el flácido cuello que fué humillándose lentamente, como cediendo el peso de la cansada testa.

—Pero qué demonios es lo que tiene? Cómo ha podido pasar esto? A ver: sácala al patio... El peón cogió una cuerda, abrazó con ella el cuello del animal y tiró hacia afuera.

—Espacio, bruto ¿no ves que apenas anda?

Creyó por un instante que sería mal de las manos y mientras se inclinaba para examinarle los cascos; pensaba en el prodigio de cuidados que siempre tuvo para con su yegua. Ocho años llevaba en su poder y nunca tuvo un mal aparente; ni se había «espiado» ni jamás se «acodilló».

Y ahora, así de repente, verla a punto de morirse... Morir nó; los animales también pueden enfermar, pero mejoran...

Recordó el labriego la última «prestada» que había hecho de su yegua, hacía dos meses, para el arreo de un piño, y, sin decirse el por qué, sintió ira. No debió de haberlo hecho; el animal propio, más cuando es querido, no debe facilitarse. Pero de él, del bueno de Egidio, ya se sabía que podían abusar... Y al par que interiormente se formaba un firme propósito de negativa para las solicitudes que más tarde se atrevieron a hacerle, sintió una gran piedad hacia su yegua enferma.

—A ver, déjame a mí,—declaró, quitando al peón la cuerda.

Y había ternura en las voces con que incitaba a andar a la yegua.

—Maruja, vamos... un pasito... Tch! tch!... Vamos «Marica»... tch!... Tch!... Vamos.

La yegua dió algunos pasos, se detuvo y salió por fin, lentamente, del cobertizo. El labriego la condujo hasta el medio del patio y allí se dió a examinarla con detención.

El sol, emergiendo del horizonte lontano, tiñó de oro los ramajes y fué a bañar de luz el grupo amigo. Pareció animarse el animal a su contacto; amusgó las orejas y un estremecimiento sacudió su lustrosa piel. Anduvo algunos pasos y el labriego y el peón la siguieron callados, atentos... la yegua suspiró, humilló la testa y enfiló despues hacia el corbetizo.

—Quiere descansar, es lo seguro,—afirmó el gañán Egidio marchaba detrás de ella, levantó los sacos que cubrían la entrada y la dejó pasar; giró el animal sobre sí mismo y se echó pesadamente sobre los hatos de paja.

—Vas a traer paja seca y a echársela para que no se golpee la cabeza... y agua también... y pasto... Ah! señor...

Y salió del cobertizo preocupado, agarrotado el corazón por un mal presentimiento. Sultán vino a él, agitando su lanudo rabo; el labriego lo apartó de sí con disgusto y entró de nuevo en la vivienda.

Tenía ocupaciones urgentes y las olvidó. Le hubiera sido imposible apartarse de su heredad en tales condiciones. En el disgusto que todo aquello le causaba se fundían una pena muy grande y algo como el pesar de no haber tenido para con su yegua más consideraciones durante su vida. No había muerto aún; allí estaba, bajo el cobertizo, resoplando, quejándose. Pero había de morir, era fatal el caso al parecer del capataz de «San Agustín», baqueano en tales cosas. Había entrado a la pesebrera, cediendo a los ruegos de Egidio, echó una mirada al animal, levantó una de sus patas, la dejó caer y aseguró que no había remedio. ¡Así debían pasar las cosas cuando se hacen palomares sobre las pesebreras!

Y recordando el labriego el tono indiferente del capataz, murmuró casi en voz alta:

—Así no se dicen las cosas... así no se dicen...

Sentado junto a la ventana abierta del cuarto, mira el labrador hacia la distancia, se atusa el áspero bigote é interiormente sostiene animado diálogo con la suerte, haciendo concesiones en cambio de que la «Marica» se mejore.

—Egidio, que está el sol alto, y los niños tienen hambre,—le gritan desde afuera.

Y el campesino siente disgusto por aquella voz sonora é indiferente de su mujer.

A la hora de la siesta, desalentado ya, el labriego deja de ir al cobertizo. Mañungo es quien se aproxima á ratos y respondiendo á la muda interrogación que formulan los ojos de Egidio, le informa:

—Los ojos se le han apagado...no se mueve ya... pero ahora resuella más despacio...sosegadita está y en el hocico...

Los dos niños mayores, satisfecha su curiosidad y sin mayor interés por la bestia enferma, se fueron de campo. Está el labriego solo junto á la vivienda. Adentro su muáer canta á la vera de la cama del niño enfermo, cuyo sueño reparador arrulla con su cantar dulzón:

Duérmete, niñoito,
que viene la vaca,
con sus cachos de oro
y sus piés de plata...

Rebrilla el sol, permanece quieto el aire entre las frondas, adormiladas por el calor, las gallinas se han agrupado á la sombra del abrevadero. En el silencio que reina por doquiera triunfa el zumbir de los insectos...

Sólo «Sultan» interrumpe la quietud de los seres y las cosas que yacen como sumergidas en aquel océano de luz. Ulula por el patio, se avecina al cobertizo, alarga el hocico, viene después hacia el labriego, meneando la cola que parece dejar un rastro oscuro en la dorada atmósfera.

...por los cachitos
de San Juan de Dios...

Continúa adentro el monótono cantar. De pronto el perro se queda quieto junto al galpón, araña la tierra, se sienta y alzando el hocico, aulla lastimeramente, con largos aullidos que fingen horadar el silencio de la siesta.

Se pone el labriego de pié, escucha...Mañungo se aproxima al cobertizo y sale después, meneando la cabeza. Egidio comprende y abatido, la frente inclinada, entra en la vivienda.

Un instante después se asoma y ordena al peón:

—Que se calle ese perro, por favor!

—Sultán! Sultán! que te calles!—grita el peón y cogiendo al can de las orejas procura alejarlo del cobertizo.

Un enjambre de moscas, venidas de quién saben donde, se agolpó en el extremo del galpón, zumbando sobre los trozos de «gangocho». Mañungo entró en el pesebre, llevando un cubo de agua. Desde un extremo del patiecillo «Sultán» lo miraba hacer con los ojos entornados...Pasándose la mano por las greñas, en evidente reflexión, Mañungo fué á golpear a ventanillo de la vivienda.

—¿Qué hay?—le preguntaron.

—Es que...

Y como el labriego se asomara á saber lo que quería, hizo su observación. Bueno estaría que la cosa se hiciera luego...Después el cuero se pone...En fin, que siempre es conveniente hacer la «descueradura» al punto...

Se encogió el labrador de hombros y como si aquel movimiento lo hubiera autorizado, giró el peón sobre sí mismo.

—Oye, espera...

—¿Mandaba algo?—y viéndolo irresoluto, el gañina le recordó.—Ya Ud. sabe, don Egidio: no hay que dejarlo para después...

—Ya lo sé,—asintió resignado.

Se aproximaba el peón al cobertizo á fin de hacer sus preparativos, cuando Egidio salió al patio. Traía puesta la chupalla, anduvo hacia afuera, vacilando... En aquel instante, un largo aullido partió del cobertizo, donde el gañan canturreaba entre dientes.

El labriego llamó:

—Sultán, Sultán!

Y se fué seguido del perro, de prisa, como si le hubiera sido imposible soportar el ruido que hacía Mañungo, arrastrando el cadáver de la «Marica» hácia el fiatio lleno de sol.

RAFAEL MALUENDA.

Santiago de 1912.

Y DIJO MI ROSAL

—Alma, arroyuelo primaveral, apaciblemente deslizado en el ambiente del ensueño, soy el rosal que recibió, y recibe, vida de tu clara linfa, y ya llegó el tiempo de esparcir pétalos sobre ella: versos de ternura, aroma de gratitud, eflorescencia de tu propia belleza.

Entre los viajeros que cruzan la selva, nadie como yo conoce la peregrina pureza de tu onda transparente; y nadie mejor que yo recibe su beneficio, que jamás radió al sol ostentadamente. El bien más fecundo preferiría prodigarse en el silencio de las sombras; pero todo á la luz fatal emerge; y así tú, amante de tu propio misterio, no das vida de ti sin pregonarlo, ni ennobleces más tu don por tu modestia.

Alguien pasa junto á ti y desdeñoso te mira... Tú sigues y seguirás sonriendo tu murmurio, alegría de las raíces, disonancia armoniosa y venero de la per-

fecta esperanza. Aquel que te desdeña no ve en tí la salud del alma, tu paz espiritual, tu bondad sin turbiezas escolásticas... por proseguir desalado vociferarlo en pos de su ambición. Aquél no sabe de la virtud ideal de tu beso fresco, sorbo de la sabiduría divina, que llenaría de maravillosas concepciones su vacuidad.

Yo, ¡oh arroyuelo que riegas el rosal! cada día te sé más benéfico, más puro, más diáfano; y mirándome en tí, de quien recibo la vida, sólo pediría á lo Intangible que nuestras existencias fueran perpétua y recíprocamente tangibles: tú, dándome tu linfa, savia, vida; paz y vigor y aroma y como hasta hoy: yo, retratándome eternamente ¿eternamente? en tí; y en tí esparciendo los pétalos más bellos de mis rosas.

ALLAN SAMADHY.

EL ALMIRANTE DON JUAN JOSÉ LATORRE



Aunque la prensa ha tenido brillantísimos artículos en la muerte del distinguido contra-almirante y hombre público don Juan José Latorre, nosotros no queremos dejar de hacer una ligera reseña sobre la vida del infatigable defensor de la patria, como una rápida mirada retrospectiva para enumerar sus glorias.

El vencedor de Chipana, el capturador del «Huascar», ha muerto a la edad de 66 años.

Don Juan José Latorre nació en Santiago el 25 de Marzo de 1846.

Se inició en los combates navales del Pacífico en la gloriosa acción del Papudo que dió por resultado la toma de la «Covadonga», en la guerra de 1865 á 1866. Al iniciarse la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia en 1879, tuvo la honra de ser el iniciador de los combates navales de ese drama del Pacífico, con labrilante proeza de Chipana.

Poco después puso en fuga al «Huascar» en la rada de Iquique, tras una lucha en que dió pruebas de su

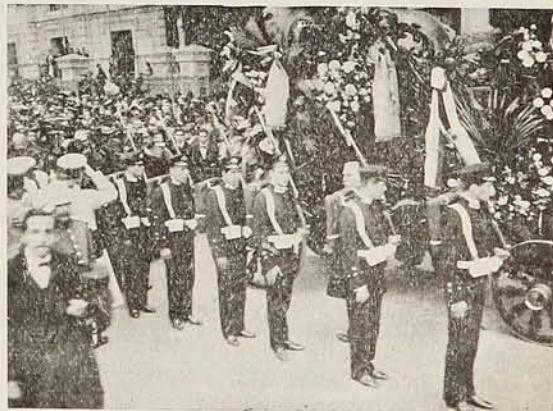
serenidad y pericia, valor y energía de carácter, siempre con su buque la «Magallanes», que hizo célebre en ese periodo histórico con sus hazañas marítimas. Coronó sus acciones de guerra con el memorable combate de Punta Angamos, donde venció y capturó al «Huascar», el 8 de Octubre de 1879.

Concluida la guerra del Pacífico fué enviado por el Gobierno á Europa primero á vigilar las modificaciones del blindado «Blanco Encalada» y la última, la construcción del blindado «Arturo Prat».

En 1894 fué elegido senador por Valparaíso, y en 1897 fué nombrado Consejero de Estado por el Presidente Errázuriz. En 1898 desempeñó la Cartera de Relaciones Exteriores.

Retirado á la vida privada, jamás negó su concurso en cuantas comisiones los Gobiernos encargaron á su competencia y discreción.

La página que ha dejado su vida en la historia patria, es un ejemplo, una prueba de amor y un gran puñado de gloria.



SERMÓN PERDIDO

Carta a un amigo que me hace
la singular distinción
de consultar mi opinión
sobre su próximo enlace.

Mi querido Blas, con viva
satisfacción recibí
y á contestar voy aquí
tu cariñosa misiva,
por la cual me has enterado
de que, hasta de tu viudez,
te hallas de novio otra vez
y pronto estarás casado.

Y tras de darme el aviso,
me pides que por extenso
te haga saber lo que pienso
de tu nuevo compromiso.

Me pones, amigo Blas,
y en ello duda no cabe,
en compromiso más grave
que el mismísimo en que estás.

¿Qué parecer voy á darte
si por lo que yo sospecho
tu matrimonio es un hecho
puesto que me has dado parte?

(Lo de darme parte, es claro,
lo uso en el sentido recto:
bien sé yo que á este respecto
todo marido es avaro).

Pero ya que es tu deseo,
aunque ensarte un desatino
voy á decirte qué opino
de tu segundo himeneo:

Según me lo haces saber
en tu carta que contesto,
la que va á ocupar el puesto
de tu primera mujer,

llora también, como tú,
la muerte del sér amado:
un militar retirado
de la guerra del Perú.

Se trata, así, y con motivo
de la boda concertada,
de una viuda retirada
que vuelve al servicio activo.

Para que entrambos seáis uno
todo el azar lo concilia,
pues ni ella tiene familia,
ni tú descendiente alguno.

Será un hogar el más rico
el que formaréis los dos,
pues con el favor de Dios
ninguno tenéis un chico.

La miseria, por supuesto,
no enturbiará vuestro gozo,
que aunque tú seas un mozo
de patrimonio modesto,

sin rezongos ni discursos
tu mujer vendrá en tu ayuda,
que es casi siempre una viuda
mujer de muchos recursos.

Y por tu carta me entero
que, en pro de mi afirmación,
tiene una doble pensión
tu consorte en candelero.

No es que de hábitos livianos
y faltando á la honradez,
haya sido ella á la vez
mujer de dos veteranos...

No hay tal caso peregrino:
es que tu novia ha gozado

de una pensión del Estado
y ella tiene otra con vino.

Y que te ama de verdad
puedes constatarlo ufano,
que pierde, al darte su mano,
su pensión de viudedad.

Y dado que tú, por cierto,
en cuanto marido y socio
atenderás el negocio
que hasta aquí mantuvo abierto,
te habrá entregado en total
su situación pecuniaria,
como viuda culinaria
y como viuda fiscal.

Que este doble sacrificio
que hoy hace de buena gana,
no te resulte mañana
inaguantable suplicio.

Como conozco tu modo,
sé que al haber conyugal
aportarás un caudal
no despreciable del todo.

Con esto, y lo que con creces
va á llevar ella al hogar,
no tendréis ni qué pensar
en posibles estrecheces.

Pero supón que en tus manos
el negocio no dé juego,
y la pensión se halle luego
desierta de parroquianos.

Como allí has ido metiendo
todas tus economías,
verás llegar esos días
con un julepe tremendo.

Tu cara mitad, furiosa,
hasta el cielo alzará el grito,
y te llamará... bendito,
por no decirte otra cosa.

Tú al fin dirásle, impaciente,
que cuando la desposabas,
también como ella contabas
con una entrada decente.

Pero ella en su mal humor
va á replicarte sin duda
que en su calidad de viuda
tenía entrada mayor.

Todo esto, querido Blas,
aunque puede suceder,
hoy no es más que un suponer
como tú comprenderás.

Disturbios de este jaez
no harán en vosotros presa:
refir por una futesa
es una ridiculez.

Mucho me temo otro mal:
que siendo á la par injustos,
os proporcionéis disgustos
de origen bilateral.

Que pasados los efectos
de vuestro amoroso trance,
deís en hacer el balance
de vuestros mútuos defectos.

Que encuetres á lo mejor

que tu nueva compañera
no se iguala á la primera...
sino que es mucho peor.

Que en el pasado lejano
hundiéndose ella asimismo,
halle que existe un abismo
entre tú y su veterano.

Que suelas ó no tener
la razón, con voz airada
digas siempre: ¡Mi finada,
esa sí que era mujer!

Que á su vez ella te trueque
la frase, y con tono airado
diga siempre: ¡Mi finado
sí que era un hombre de ñeque!

Y que renegando juntos
de vuestra suerte presente,
os tornaréis constantemente
con vuestros propios difuntos.

Y bien, mi querido Blas,
mi carta no te hará mella,
porque con ella ó sin ella,
de fijo, te casarás.

Pero, oye un consejo: creo
que antes que orondo y sonriente
sacrifiques nuevamente
en el altar de Himeneo,

debes con toda honradez,
ya que siempre fuiste honrado,
dejar en s6bre cerrado
cuatro líneas para el juez,
diciendo: «En mi testimonio
usía debe confiar:
a nadie se ha de culpar
de mi nuevo matrimonio...»

PEDRO E. GIL.

CRISTO

«Resurrexit! resurrexit!»

Y surgió—como surgen las visiones
de un ensueño febril—puro y radiante,
y ascendió como un astro rutilante,
inundando de amor los corazones.

El bajó hasta el charcal de las pasiones
con su alma de bohemio y de atorrante,
y nos habló de su visión gigante
con el verbo de las anunciaciones....

Se inmoló. Y desde el Gólgota inclemente
esparció su evangélica simiente
sobre todas las razas irredentas.

¡Y hoy, bajo la crueldad de sus espinas,
ve cruzar tambaleantes sus doctrinas
como naves rodeadas de tormentas!...

JULIO MUNIZAGA OSSANDON.

EL INVERNÁCULO

A través de la red de eucaliptus veíamos lejano,
desde los flancos del Cerro, el techo de tu hogar,
donde arraiga tu sér, florido de exquisitas flores al
calor de mi propio corazón.

¡Cuán bajo, cuán pequeño, cuán minúsculo veíamos
tu techo desde la altura, desde la exaltación de nues-
tro ensueño!

Y sin embargo, escrito está que bajo él debes se-
guir nutriendo tu sér y acopiando la savia de vida
que me consagras....

ALLAN SAMADHY.

EN EL MUNICIPAL



—¿Y te gustaría?...

—¡Una barbaridad! Si algún aviador me propu-
siera volar con el, aún esta misma noche y tal como
estoy, lo acompañaría!...

—Con ese traje, mujer?

—Precisamente. Es el más apropiado... para-
caidas.



ABSINTIO

Antes que la tierra tragase su cadáver, ya había el mundo arrojado sobre el pobre loco la horrible palada del olvido. Acaso Marcial, en sus ratos lúcidos, considerando la ingratitud de sus amigos, envidiaría el buen sentido del filósofo que amó a su perro sobre todas las cosas de la vida...

A. MAURET CAAMAÑO.



En el desierto de la vida intelectual de Chile «Pluma y Lápiz» fué un oasis: allí fueron á albergarse los que, sedientos y cansados, cruzaban sin rumbo fijo en el arenal implacable, bajo el peso del sol ardiente. La revista era como una tienda árabe donde las nómadas caravanas comían dátiles frescos y blanca leche de camello. Hoy, una ráfaga del viento del desierto, nube arenosa que oscurece el sol, llevóse lejos ¿quién sabe adónde? tienda y señor. Calmóse el vendabal: reinó nuevamente la implacable quietud del desierto; pero el camino de las «caravanas» borróse para siempre y la blanca tienda hospitalaria no destacó ya más su pirámide movable en la dilatada soledad.

MARIANO LATORRE.



Marcial Cabrera Guerra ha de sobrevivir por la gloria de haber agrupado en un momento importante de la literatura chilena, á casi todos los jóvenes que comenzaban á revelar las primicias de un talento que después ha confirmado la certeza del juicio y la esquisitez del gusto de quien supo llamarlos á su lado.

Ahora, en lo moral, Cabrera Guerra tuvo el raro mérito de conservar más allá de su diletantismo literario, las simpatías y el entusiasmo por la obra de los que con más dotes ó más constancia prosiguieron el camino de su primera vocación.

La vida lo hirió acaso en lo más querido del artista, en sus ideas, secando para siempre la fuente que mana más pura y consoladora tras los hastíos inevitables de la pasión. Pero no le compadezcamos demasiado, porque él no hizo sino gastar prodigamente ese lote de felicidad que á cada uno parece destinado, y que otros consumen desmenuzado en trozos tan mezquinos que no alcanzan á endulzar la amargura de la existencia.

El hombre pasó; la obra queda. Y hoy justamente ésta se ha renovado, como si al morir del todo, su espíritu pasara á difundirse en el grupo que le formó cortejo.

ERNEST MONTENEGRO.



El que defiende á la Patria, muere por dar la muerte; el que defiende á la Humanidad, muere por dar la vida.

¿Cuál es más grande entre estos dos sacrificios?

RAFAEL MALUENDA.

El cerebro de un poeta es como un vaso de fino cristal de bohemia ¡Ay de él cuando la música de la vida encuentra su nota armónica!

MARTIN ESCOBAR.



Críticos de «cierta» filiación política—religiosa no conciben la existencia de un poeta libre-pensador, no-creyente, no-religioso, no católico, no-devotamente católico, digamos. Se niegan á ver bellezas en los más delicados, en los más vibrantes, en los más profundos, en los más altos versos de un tal poeta... González, por ejemplo, González, que es á no dudarlo, la suprema cumbre de la poesía nacional.

Entretanto, esa crítica tendenciosa suele tener voces de elogio exagerado, notoriamente parcial, para cualquier verificador de academia, artista en frío, que proclama, eso sí, en prosa y verso su ardiente fe religiosa, sincera ó no.

A Marcial Cabrera Guerra, que fué radical, que fué cronista de «La Ley», y á quien, por tanto, alcanzó plenamente la excomunión lanzada por la Iglesia Católica contra aquel diario ¿cómo le va á reconocer esa crítica méritos superiores, si su obra, además de no haber cristalizado en libro alguno, adolecía de semejante pecado original?

Hacen bien, pues, los jóvenes escritores á quienes no inhabilitan tales prejuicios, en recordar y honrar la memoria del periodista radical, amigo del gran González, y, como él, condenado á vivir excomulgado... de la historia literaria que hagan ó inspiren los críticos que, por un fonismo, hemos llamado simplemente «tendenciosos».

GUSTAVO SILVA.



El caos se hizo en su cerebro. ¿No tendrá esto relación con la infinita misericordia de Dios? Si la noche se hizo en su mente, su espíritu ávido de verdad, voló á la mansión de la luz...

A. CARVAJAL



El arte es una divina locura; pero no hay que tomarla muy en serio, porque entonces pasa de locura. Este fué el error del pobre y recordado Marcial Cabrera!

A. YAÑEZ SILVA.



Cabrera Guerra no dejó ningún libro, pero su «Pluma y Lápiz» vale por una biblioteca. Aquella revista fué la aurora del nuevo día literario. Después nuestra literatura tendrá que dividirse así: «Antes de Pluma y Lápiz» y «Después de Pluma y Lápiz».

JANUARIO ESPINOZA.



«Marcial Cabrera Guerra: un gran luchador, un espíritu amplísimo, un artista refinado. Sus cualidades raras entre nosotros, no le permitieron triunfar en un medio en que imperan el mercachifle y el reaccionario. Más en el extranjero adquirió merecido renombre. Cuanto escritor americano conocí en Europa me preguntó por él. En cambio, por nuestros ídolos incienizados ¿quién me preguntó?...»

FRANCISCO CONTRERAS.

EL CRÍMEN DE LA CALLE HUÉRFANOS



Nuestro dibujante, C. Fernández, ha procurado reconstituir en esta pagina la terrible escena desarrollada el Sabado de la semana pasada en pleno centro de nuestra ciudad, Huérfanos entre Estado y Ahumada. Obra de un semi-loco, este sacrificio estéril de dos pobres muchachos ajenos a todo movimiento social, no ha hecho otra cosa que despertar un clamor unánime de horror hacia el criminal y compasión para las víctimas

Al margen de los libros



(Charla-programa)

Santiván desea mantener en su revista una sección hebdomedaria de letras. El propósito no puede ser más interesante y más escabroso: una página es medida más que estrecha para hablar de un escritor, sobre todo si se trata de hacer algo más que un apunte y una bibliografía curiosa. Sin embargo, fuerza es acceder á los gentiles deseos del Director de PLUMA Y LÁPIZ, y contener las fugas de la pluma para hilvanar tan solo apuntes y cosas interesantes cogidas al azar á través de lecturas é impresiones fugaces. De aquí, pues, el capricho de este título tan poco horaciano y tan socorridamente doctoral. Al Margen de los Libros; es decir, todo lo que está dentro de la república un si es no es platoniana de la literatura: libros y escritores, recuerdos y semblanzas; de todas las latitudes y hablas; hoy del terruño, mañana del extranjero; Sudermann ó Rodó, Orrego Luco ó Altamira, Jammes ó Sysmonds. Todos, en fin, sin distinción de banderas y de colores; poetas, novelistas, críticos y polígrafos. Tal vez el Director me enmendará en esta parte la plana para advertirme que esta charla-programa se endereza hácia una especie de pregón de buhonero, que más le sentaría á un boceador de farándula que nó á un remendón de renglones con vistas á altísimos fines estéticos; pero, como quiera que Santiván así lo exige, no hago más que acatar sus antojos ántes de sentar plaza de revistero, ó lo que sea, en el hogar tibio de esta nueva PLUMA Y LÁPIZ que nace con la muerte del pobre y bueno de Guerrette. ¿Guerrette? No ignoro que así se preguntará más de algún asustadizo al leer este nombre franco-peninsular. ¿Pero quién era ese Guerrette? Tal vez Gil, Magallanes, Contreras, Silva ó Federico Gana, pudieran decirlo mejor que nosotros que apenas si le conocimos á través de sezonadas crónicas volanderas, de charlas improvisadas ó de poesías de ocasión. Allá, en los fecundos días de la antigua PLUMA Y LÁPIZ, ese regocijado Guerrette, que ayer ha muerto con el nombre de pila de Marcial Cabrera Guerra, fué el espíritu de toda una juventud entusiasta, una especie de padre adoptivo de la muchachada que día á día ensayó sus vuelos en las páginas de aquella revista precursora de este presente granado de los Pezoa Velis, de los Maluenda, de los Lillo, de los Contreras, de los Rocuant, de los González, de los Santiván y de los Silva. La tristeza de una muerte obscura, en un rincón del asilo para alienados, ha venido á remover las cenizas de este pobre muerto de hace diez años, que tanto hizo para los otros y tan poco hizo por él. Su obra es reducida pero nó insignificante; como periodista vivió siempre al día escribiendo editoriales, gacetas volanderas, prólogos para los libros de los amigos y articulejos hilvanados «calamo corriente». La necesidad del mendrugo le cortó las alas y dió pujos á ese su espíritu bohemio que le metió la vida por los ojos y por las ventanas del espíritu, ese bohemio que es el peor enemigo de todo método y de toda norma de trabajo. Porque Cabrera Guerra, ha haberlo querido, hubiera dejado novelas sezonadas y artistas como aquella de la «Pluma blanca» que nunca hizo, pues cada día que pasaba le robaba las horas de su vida y él jamás se daba tregua para alcanzar á vivir mucho, con todos las ansias abiertas del soñador que lanzado tras la Quimera co-

rre y corre sin llegar á encontrarla nunca.

Así fué su jornada, un eterno desboide de entusiasmo locos, una fuga á través de la existencia, una eterna vibración ante el ensueño de la hora fugaz que tenía ante sus ojos. Ahora ha muerto, pero queda de su nombre algo más que un despojo: la estela de una labor buena y generosa, que cuidó de los ajenos cercados más que del propio. Pastor de ensueño, apacentó los rebaños de otros pastores, hasta que la ciudad blanca le acogió en su seno.

Cuando Pedro Antonio González vivía perdido en el último rincón de su bohardilla de poeta, con un mundo de ensueños y de originales, fué la mano cariñosa de Cabrera la primera que se apresurara á reunir los versos del gran lírico para leerlos á los amigos y darlos á los periódicos como un homenaje á ese nuevo Merlin que viniera sin darse cuenta del tesoro que llevaba dentro. Cabrera cultivó el sentimiento de su gloria y bañó de sol aquel nombre oculto en la modestia más huraña, como un caracol en su concha; en LA LEY y en las revistas publicó sus versos, corrigió las pruebas y más tarde decidió al poeta la publicación de «Ritmos». Y á no haber fracasado su vida en mitad del camino, nos hubiera dado al fin la edición de las obras completas del lírico que acariciaba en ensueños como á la imagen largamente deseada de un amor ideal. Más tarde, cuando se escribía el estudio que González se merece, el nombre de Cabrera deberá ser colocado junto al del poeta como al de un hermano de corazón que le alivió el peso del camino y le ayudó á cultivar las rosas de su huerto siempre florecido por el influjo de una eterna primavera.

Hace cuestión de un año fui á visitarle en su reclusión del Manicomio para cumplir con él la deuda de gratitud que á todo artista le debemos. ¡Más valiera que nunca hubiera tentado tal locura! Allí encontré al pobre Guerrette de las humoradas, desconcertado y huraño como persiguiendo el sueño de una estrella errante; ya no atinaba á repasar en orden el hilo de sus ideas: ¡Ida era con su juventud la virtud agudísima de su inteligencia.

—No le hable,—me dijo un periodista amigo;—dá pena...

Pena honda, desconsuelo y desconcierto ante ese sarcasmo viviente del Destino que trocaba un espíritu en mariposa borracha girando en torno de una llama invisible, y un cerebro de hombre en uno de niño!... ¡Pobre Guerrette!... Ayer no más decía en sus versos:

Para amarnos un rato en la dulce mentira
que tus nervios se afinen como cuerdas de lira,
que se espasme tu espíritu en el goce mayor...

iluminado por la primavera fecunda de la vida; y, ahora, en el fondo de su retiro, con los ojos extrañados, apenas si sus labios daban un balbuceo incoherente: —«Déjame, déjame, déjame...»

¡Pobre Guerrette!...

A. DONOSO.

I

LOS BUFONES

Recuerdo, allá en la casa familiar. Dos enanos
Como los de Velazquez. El uno, varón, era
Llamado el capitán. Su vieja compañera
Era su madre. Y ámbos parecían hermanos.

Tenían de peleles, de espectros, de gusanos
El cojeaba, era bizco, ponía cara fiera.
Fabricaba muñecos y figuras de cera
Con sus chicas, horribles y regordetas manos.

También fingía ser obispo y bendecía;
Predicaba sermones de endemoniado enredo
Y rezaba contrito pater y avemaria.

Luego enano y enana se retiraban quedo;
Y en tanto que la gente hacendada reía,
Yo silencioso, en un rincón tenía miedo.

II

EROS

Es mi juventud, mi juventud que juega
Con versos é ilusiones, espada de oro al cinto;
Haz en mi mente un sueño siempre vario y distinto
Y mi espíritu agíl al acaso se entrega.

En cada mujer miro como una ninfa griega;
En poemas sonoros sus frescas gracias pinto;
Y esto pasa al amor del puerto de Corinto,
O en la rica en naranjas de almibar, Chinandega.

¡Tiempo lejano ya! Más aun veo azabares
En los naranjos verdes impregnados de aromas
O en las viejas fragatas que de los mares
Lejanos, ó en el hicaco, ó tupidos manglares;
O tú, rostro adorado en ese tiempo, asomas
Con primeros amores y primeros pesares.

III

TERREMOTO

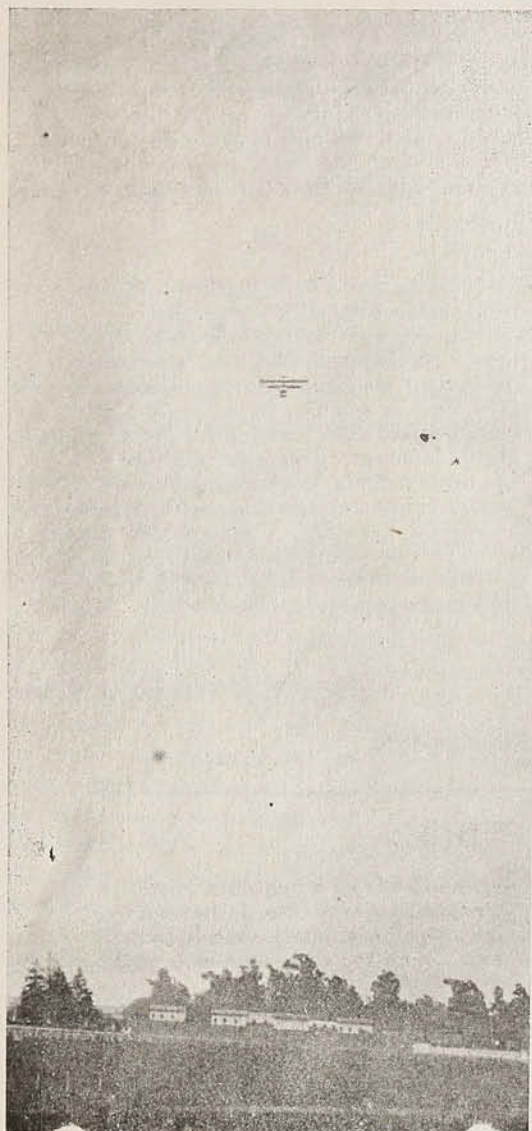
Madrugada. En silencio reposa la gran villa
Donde de niño supe de cuentos y consejos,
O asistí á serenatas de amor junto á las rejas
De alguna novia bella, timorata y sencilla.

El cielo lleno de constelaciones brilla,
Y su oriente disputan suaves luces bermejas.
De pronto, un terremoto mueve las casas viejas
Y la gente en las calles y patios se arrodilla,

Media desnuda, y clama: ¡Santo Dios! ¡Santo fuerte!
¡Santo inmortal! la tierra tiembla á cada momento;
Algo de apocalíptico, mano invisible vierte.

La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento
Y se diría que ha pasado la Muerte
Ante la impasibilidad del firmamento.

RUBEN DARÍO.



El aviador señor Molina al pasar sobre las tribunas
del Club Hípico

El Sábado de la semana pasada el aviador señor Molina Lavín verificó el vuelo que ya había anunciado.

Numeroso y distinguido público asistió á la prueba de éste aviador, que como ya sabemos, hizo brillantes estudios en Europa.

Partió de Nuñoa, y sus propósitos eran descender al Club Hípico; pero por un desperfecto de la máquina—según él lo expresó en carteles que arrojó al pasar—tuvo que bajar en el Parque Cousiño.

La aviación—como todo problema naciente—está propensa á innumerables desaciertos, que son los que, de una manera indirecta, contribuyen á despejar la incógnita.

Por eso nosotros en éste pequeño percance ocurrido al señor Molina Lavín, sólo vemos un accidente preparador de futuras victorias.

© ~~~~~ © POR LA VIDA © ~~~~~ ©

(Del libro en prensa del mismo título).

I

Yo le pedí á la noche su misteriosa voz,
al ruiseñor sus trinos bajo el claror lunar,
su gemir melancólico al postrimer adios
de un pañuelo que flota sobre el remoto mar.

Yo le pedí á los vientos su quejumbroso aullar,
su vagabunda música á la ola veloz;
el grito convulsivo, que no pudo estallar,
al pálido suicida, sin amores ni Dios.

Y la noche, y los vientos, y el ruiseñor, y el mar,
me dijeron:

—Poeta, que sueñas un cantar,
la atormentada frente sobre tu pecho pon.

Obedecí temblando; y prorrumpí á llorar...
¡Desgarradores cantos que escuché al corazón,
en mis estrofas nunca lograré aprisionar!

II

En un tibio crepúsculo, del primitivo alero
escapé con mis fiebres y atravesé el alcor:
una alondra cantaba á su rubio lucero,
y bullían mil chispas de rocío en la flor.

Inexperto viandante, equivoqué el sendero,
y cerraba la noche entre el hondo pavor;
una hada compasiva se apiadó del viajero,
y me ofreció una estrella de virginal albor.

Desparramó sus oros y sus lágrimas puras
la estrella en mis ensueños y joviales locuras,
y en las rosas marchitas de mi fatal exodo;

Cuando nubla mis ojos matador descon-uelo
y de la vida el vórtice me saipica su lodo,
pone en mi labio un beso con las mieles del cielo!

III

Por la tierra preña la de lágrimas y flores,
como pájaro errante, alegre y ágil iba;
era mi amor la esencia de todos los amores,
cortesano romántico de las cosas de arriba...

Andaba por los campos sorprendiendo rumores,
ébria el alma de aromas, de la ilusión cautiva;
¡qué orquestación de trinos, qué orgía de colores,
en el tupido bosque y en la luz fugitiva!

Una tarde bañada de suave matiz rosa,
me dormí bajo un arbol en la yerba olorosa,
y se abrieron mis alas... Y soñé que era dueño

De un país de quimeras que no sé donde existe...
¡voy desde entonces enfermo de una nostalgia triste!
¿Habré ya despertado ó todavía sueño?

ALBERTO MAURET CAAMAÑO.

Santiago, 1912.

LO INEVITABLE

Era un instante frío, Frente á frente
los dos. Sobre la mesa indiferente
se apoyaban mis codos; angustiosas
mis manos se agitaban en las fosas
de mis cabellos. Mis pupilas graves
se sepultaban en las tuyas.—¿Sabes?...
—(le dije) ¿sabes que el amor hasta
cuando se halla en contacto, en armonía;
cuando todas sus ansias y virtudes
no producen temores ni inquietudes;
cuando todo es posible, hasta los vicios
de no tener recelos ni perjuicios;
cuando las citas, los idilios varios,
las sorpresas, no tienen comentarios;
cuando no hay una riña, provocada
por una confesión ó una mirada;
cuando ya los silencios, que levantan
rogativas, al diálogo no espantan;
cuando ya no hay empresas que descubran
minutos nuevos: rostros que se cubran
ante un delito, ó ante una palabra
que reconvenga y los sentidos abra;

cuando nada es difícil ni es misterio;
cuando no se presenta un hemisferio
de apocalipsis honda, cuando todo
sigue la misma ruta, el mismo modo...?

¿No es verdad que se hastía la existencia
cuando el Amor no tiene la presencia
de lo que tuvo un tiempo: de lo Bueno
que llevaba esperanzas en su seno?

¿No es verdad?...
—El silencio y las malditas

inquietudes hundían mi cabeza.—
Ella, inmóvil hacía figuritas
con las migas de pan, sobre la mesa.

¡Y el hastío vibraba en nuestras vidas
con sus eternas fuerzas homicidas!

O SEGURA CASTRO.

AUTO DE FE

Armado con las armas que dan los ideales
y ungido con el fuego que arde en la Razon,
recorro de la Vida las sendas desiguales
dejándole al Destino la Ruta y el Timon...

La Dicha, la Tristeza, las Cu'pas y los Males:
todos dentro de mi alma, han hecho su explosión.
Armado con las armas que dan los ideales,
les tiendo como escudo, el propio corazón.

No creo en brujas, santos, mujeres ni en honor.
Creyente soy de Artistas, que viven inmortales;
y amo la Muerte, el Oro, la Risa y el Dolor.

Me guardo de aimas viles y besos criminales:
y armado con las armas que dan los ideales,
desfiló en el Caballo del Arte y del Amor!

CLAUDIO DE ALAS.



Valparaíso, 1.^a semana de julio de 1912.

Tanto tiempo y tantas cosas han pasado sobre esta ciudad de la actividad y el mercantilismo, qué mal podríais reconocerla aquí, aun cuando fuera el mismo «Jhon Pencil» el que reanudara sus crónicas de PLUMA Y LÁPIZ.

El terremoto arrasó, como sabéis, con todo lo más característico de la ciudad, y luego vinieron los Hombres Buenos á rectificar su plano de acuerdo con el último modelo europeo ó norteamericano. En las calles trazadas á compás van surgiendo los edificios de hierro, esqueléticos, rígidos, negados á toda jactancia y á toda bella inutilidad. Bajáis del tren, y al internaros por algunas de esas avenidas del Almendral, sentireis asombro ante lo vasto de su perspectiva; pero lo que va quedando vecino á vosotros aparecerá mezquino y negro: el conjunto tiene cierta grandiosidad que el detalle hace desaparecer.

Quizá cuando los árboles broten en las tazas de la acera; cuando sus hojas otoñales rueden por el pavimento con su quejido secreto, el alma huérfana de los poetas encontrará de nuevo un rinconcillo donde soñar. O han de lucir en los balcones, ya perdido su aspecto flamante y desnudo de la huella humana, los tiestos de flores matizadas con los más vivos tonos de nuestra Primavera; y entre las corolas alguna mano ensortijada y perdido entre la reja un brazo desnudo que se dobla sobre las plantas arrojándoles el rocío del riego...

¡Visiones fugaces y misteriosas que siguen al transeúnte, mezclándose á las imágenes de su fantasía! Volverán un día tal como asomaron por los vericuetos de los barrios viejos; como han salido á nuestro paso en los pueblos de provincia, tras alguna celosía de calle solitaria, dormida en la melancolía enervante de la siesta.

Ya lo hemos vuelto á ver una tarde en una plazoleta dejada como al descuido, en un rincón al pie de los cerros, por los terribles jeómetras de la reconstrucción. El vago y el curioso caen allí como las aristas en el remanso que sigue al torbellino de la cascada. El estruendo de la gran ciudad, con su hormigueante ajeteo, parecen separados por el vasto desierto.

Pero la urbe cosmopolita está allí, en realidad, con el tranvía y el carruaje que rueda velozmente, los grupos que se atropellan; el vendedor vociferando su

mercancía, la fábrica arrojando por los respiraderos de sus sótanos el rumor sordo ó estridente del hierro ó el vapor.

En el retiro de uno de esos rincones he sorprendido una tarde de este invierno esa escena evocadora del pasado de que os hablo. La plazoleta algo sombría por el enclaustramiento de los viejos caserones, gozando de la penumbra discreta en que gustan sumirse las cosas, como los seres ya gastados por los años. El empedrado se festoneaba de un musgo verde-oscuro, mientras que de los desvencijados ventanales de los altos colgaban guías de yedra y marchitas enredaderas. En un portal, un zapatero batía sus suelas al compás rotundo del martillo, y aquel ruido claro y constante iba á estimular las facultades de un canario pendiente en una jaula del umbral.

Era un trozo de vida lugareña trasplantado en medio de la ciudad europeizada, ó mejor, en un rincón olvidado por su misma modestia en el asolamiento de la ciudad antigua. Muy lejos de aquí, pero en realidad bien cerca, quedaba lo que es agitación en las multitudes y en el pensamiento, las hileras de seres atropellados y las ideas precisas como guarismos, para dejar espacio á la meditación que aman la paz y el recogimiento. Y era con todo esto un deseo inefable de no esperar nada, de no querer nada, allá inmóvil, con los ojos semi-cerrados, sintiendo deslizarse la vida con ese ritmo lento y monótono de retiro aldeano...

De repente, una puerta se abrió, y del fondo oscuro del interior surgió una forma monstruosa, que salvó velozmente la penumbra hasta mostrar su caparazón de metal, de líneas sin gracia que denunciaban el vehículo de la moderna elegancia. Se vá hácia los barrios aristocráticos, para volver por la noche á su cubil, enronquecida su voz por el polvo de los caminos, infestando el aire embalsamado poco antes, con su resuello de criatura mecánica.

En torno de su silueta parecían danzar todavía las imágenes de esa vida intensa hecha de músculo y cálculo, estimulante y agotadora, terrible y atrayente como el luchar y el vencer.

E. MONTENEGRO.

UNA CARTA CERRADA



La quería idealmente, creía en ella, en su bondad; en su talento, en su cariño.

Dejadme evocarla.

La veo, con la cara transparente, echada atrás en una mecedora, sonriendo con sus ojos negros y su cabellera dorada. Hablaba locamente, diciendo las mayores imprudencias, con una falta de discreción que era el mayor encanto de su charla y la prueba de confianza que yo más apreciaba. No me dijo nunca que me quisiera. ¡Pero si tampoco nunca tuvimos «amores»! Dios mío... fué algo tan sutil, tan distinto... Jamás dijo las palabras precisas que en la vida lo limitan y lo entri-tecen todo. Los sentimientos eran apenas insinuados, dejando una gran penumbra por donde la imaginación pudiera dilatar sus miradas ansiosas, indefinidamente.

Las horas de su soledad las pasaba leyendo cartas ó escribiéndolas, cartas de amor, llenas de un sentimiento inmenso é imposible, cartas desesperadas, nostálgicas que ella medio declamaba con un tono ligero que me hacía estremecer.

—Voy á leerle esta carta...

—¿Para quién es?

—¡Para nadie! Pero como me dirijo á uno... supóngase que es Ud...

«...He temido, se lo confieso, y por eso he querido alejarme de mi vida, porque tiemblo de echarme al cuello una cadena que después no sabría apartar y que podría humillar mi frente...»

—Nó, lo que sigue no puedo leerse á Ud.

—¡Léalo; no me deje así...!

—Nó.

—¿Y por qué no me la lee? Acuérdesse de lo que me dijo el otro día: «hay algo más que el amor que la mujer puede entregar á un hombre y es su confianza».

—Es que somos tan distintos, estamos tan inmensamente distantes. A pesar de que tratamos de acompañar lo más íntimamente posible nuestras dos soledades, yo voy por esta senda y Ud. marcha por allá...

Su brazo blanco, mórbi'lo, salía desnudo de entre los encajes de su bata y mostraba un allá lejano y vago.

Generalmente estas conversaciones se hacían más y más elevadas, hasta que terminaban en música.

Ella se levantaba con su figura esbelta, su andar leve y traducía en el piano sus románticos sueños.

Amaba la música con amor profundo, como la única expresión posible de su alma contradictoria, atormentada é imprecisa. Decía que si no tuviera esa voz para decir sus aspiraciones y sus penas, se encontraría ahogada en el mundo.

No creía en el Dios de todos ni en la Religión común; pero creía en el incienso, en las bellas decoraciones de los templos, en la poesía de la monja consumida en oración y sobre todo, creía y se extasiaba en la música sagrada, en el órgano, «rey de los instrumentos que impera desde lo alto de los coros, con su voz soberana en que se reúnen todos los acentos de la orquesta y de la naturaleza...»

Su pequeño salón estaba tapizado de paños riquísimos que habían servido en altares lujosos; por las paredes veíanse santas de perfiles delgados y místicos y para inspirar sus Ave Marías tenía un armonium y quemaba incienso en un pebetero persa, de complicados dibujos.

Había sabido rodearse de una atmósfera enervadora, deliciosa y artificial. Todos sus amigos eran esas personas un poco raras, que la sociedad mira con cierto recelo y que son criticadas por su originalidad.

Pero no se dejaba dominar nunca por ninguno y no tenía reuniones... Sus amigos habituales apenas se conocían entre sí y ella se recreaba en cambiar de aspecto íntimo para cada uno, encantando los gustos más diversos, sin encantarse con nadie.

Recuerdo que me decía frecuentemente:

—Con Ud. es el que tengo mayor confianza.

Y yo pensaba que esto, se lo diría también á los otros, pero sin embargo me sentía transportado de felicidad.

Complaciase en rodearse de enigmas imaginarios para interesar más la imaginación; eso yo lo sabía, pero de todas maneras le estaba íntimamente agradecido, porque lo hallaba delicioso y muy femenino.

En el fondo la creía una santa.

Cuando me hablaban mal de ella, poníame furioso y me decía que era porque no sabían comprenderla, porque si la vieran vivir, si supieran...

De pronto, se echó atrás en el sillón y se puso á reír locamente, convulsivamente...

—¿De qué se ríe?

—Ah... ah... ah...!

Se cubría la cara con las manos finas y muy cuidadas y su gran cabellera rubia estremeciase con los sobresaltos de la risa. Algunas lágrimas corrieron como perlas por entre las uñas y entonces me puse en pié, contagiado, riendo á mi vez...

—Por favor, dígame, dígame...

—Nó, nó, nó! Espérese... ah...! ah...!

Cogió un libro, se puso á leer en voz alta, luego tomó una tenacillas y se oprimió el dedo pequeño hasta amoratárselo; por fin cogió un monito de porcelana y le quebró una pierna.

Súbitamente, quedóse calmada.

—No me pregunte más.

La boca se le estremecía aún, con imperceptibles impulsos de hilaridad; pero pudo dominarse y alzándose magistralmente del asiento marchó con paso de reina hacia el armonium.

Me quedé mudo.

Una meditación de cierto famoso maestro alemán salió del místico instrumento y, conociendo sus gustos, cargué el incensario persa y lo encendí. Pronto una azulada nube nos fué envolviendo á ambos y cuando las notas del armonium dejaron de escucharse, otra atmósfera y otras influencias habían borrado totalmente de nuestra memoria la primera escena.

Encendió en silencio dos cigarritos turcos, de dorada boquilla, dióme uno y en seguida se fué á su escritorio.

En una fina tarjetita gris, de borde blanco, escribió dos renglones, los metió en un sobre; lo selló, lo lacró con sus armas y, como de costumbre:

—S'il vous plait.

—¡Avec plaisir!

Iba al Cerro, en camino de cometer una canallada. Lo sabía, me remordía atrocemente la conciencia, miraba con sobresalto á ambos lados; pero iba...

Un amigo me había dicho no sé qué infamia; contestéle desmintiéndolo con palabras duras y nos separamos peleados.

Pero iba al Cerro á abrir la carta que me había dado para su confesor.

No «sospechaba...» Era otra cosa, un no sé qué... Subí la avenida verde, negro el suelo por la lluvia, á pasos apresurados, sin mirar. En las vueltas, la ciudad aparecía á trozos, lavada y húmeda, y el cielo azul manchado de nubes negras.

Por fin, con un cansancio extraordinario, llegué

hasta cerca de la capillita gótica y descendí un poco, hasta un jardincillo oculto y poco frecuentado. Allí me dejé caer sobre un banco, oprimido el pecho como si estuviera condenado á muerte.

El chorrito de agua que caía de una fuenteilla, me parecía un acusador sordo y temible.

Iba á abrir una carta cerrada, una carta agena... ¿Qué diría? Era para su confesor. Una vez lo había visto, al sacerdote, una sola, cuando fui más tarde que de costumbre. Estaba en el sillón de ella, llenando el pebetero persa con el polvillo gris del incienso. Se volvió hácia mi sonriente, hizo un pequeño saludo y prosiguió la operación. Luego se puso de pié—era muy alto—y me saludó con mayor ceremonia, muy afectuosamente. Recuerdo que me llamó la atención el contraste de esas dos figuras tan esbeltas, casi de la misma estatura, ella de blanco y él de negro.

Por lo demás, un sabio, un desencañio, un triste... Hizo gran ruido otro tiempo en la sociedad; pero ahora vivía solo y silencioso.

Era su confesor.

Abrí la carta. Adentro, la tarjetita gris contenía unas cuantas letras delgadas, picudas y muy parejas. Decían... Apenas pude leer; era el crepúsculo y tan bien se me anulaban un poco los ojos. Decían...: «por favor, no vengas otra vez con sotanas á nuestro rendez-vous, porque me muero de risa...»

Yo primero me sonreí, como si estuviera ante alguien y necesitara disimular. Luego el papel se me cayó de las manos y empecé á llorar, por momentos con más fuerza, hasta que me quedé agotado, adolorido de todo el cuerpo, con la cabeza confundida. Cuando me levanté, me ardían los ojos y me dolía el cerebro, adentro.



Desde entonces la vida me parece una carta cerrada y no me atrevo á abrirla.

ALONE.

Santiago, 20-VI 12.

PERFIL DE MUJER

Ella era así. Tenía el supremo poder de la belleza, que prosterne á porfía cuando palpita en tí, naturaleza!

Desde el altivo trono de su soberbia de mujer hermosa, recibía, en irónico abandono, la ofrenda del mortal para la Diosa.

No era la de ella la belleza fátua de la mujer sin expresión y seca, de la mujer estatua y la mujer muñeca.

Ella era carne viva y palpitante bajo la ansia instintiva del deseo, virginidad en flor exhuberante, para entreabrirse al sol del gineceo.

Sobre su frente pálida y extensa había irradiaciones de alboradas; y entre los rizos de su negra trenza la atracción de las sombras encantadas.

Había en su pupila soñadora algo del llamamiento, algo del ruego; y en sus labios vibraba la sonora música de los ósculos de fuego.

Cuando marchaba la gentil coqueta con su porte triunfal de soberana, ¡estrangulaba el pálido poeta en la garganta el victor y el hosanna!

Para aquella mujer todo era poco: ninguno digno de besar su huella—y el trágico poeta, vuelto loco la vió, la quiso, y se mató por ella.

MARCIAL CABRERA GUERRA.



Madame Jane Catulle Mendés, conocida poetisa francesa, viuda del célebre literato cuyo nombre lleva, que vino á Buenos Aires á dar conferencias sobre temas femeninos.

—El gran maestro musical T. Bizet, cuyo centenario se celebra con gran pompa en Francia, su patria.

EL DESCUBRIMIENTO DEL POLO NORTE



Dos curiosas fotografías que forman en su conjunto una verdadera página descriptiva. Mientras el célebre explorador Asmundsen se arriesgaba en la temeraria expedición que le ha dado la gloria, desafiando el misterio de las heladas regiones, su mujer, en el tibio hogar, acompañada de su hijo, recordaba al ausente y entretenía su soledad modelando en la greda hermosas esculturas.

TENIA una risa agria y mordiente, en tanto sus ojos de un azul limpio decían inquietudes profundas. Le conocí allá tan lejos, en la dichosa edad de las primeras ensañaciones. Llegó un día hasta mí, sin previo aviso, sin vanos formulismos; y en este mismo viejo sillón que está en un rincón de mi cuarto sentóse muchas veces á meditar.

Y ahora, ante este libro en cuyas páginas el espíritu meditativo y burlón del poeta parece sonreír con gesto violento é irónico de viejo lord splinático, ó cantar, como un rápsoda ateniense, las postreras bizarrías de su raza, el recuerdo de Pezosa viene á mi mente con vívido relieve.

Como dije, le conocí en las horas de su mala fortuna, cuando, acurrucado á su banco de trabajo, pegaba el cuero y hacia esguinces con la lezna. Era un muchacho, revoltoso y díscolo que á instantes reía con risa mordaz y agria, y que así soplabá un aterciopelado madrigal al oído de las chiquillas del restorán como le lanzaba un sopapo al mozo más listo.

Don Quijote de su tierra, tenía las argucias bizarras propias del guaso y la hidalguía del indio aborigen. De no ser poeta, habría resultado sin duda un hermoso ejemplar de "roto" indómito y aventurero: buen ojo para las hembras y formidable puño para el enemigo.

Por desgracia, —¿quién podría decirlo?—primó en él la tendencia aráutica—corría por sus venas sangre chulesca—y le dió por los versos, por hurgar en la entraña de su pueblo la enorme laguna de los desamparos sociales, por extraer, como el pelicano de la leyenda, trozos vivos de su corazón angustioso y ardiente, para exponerlos, en las formas variadas de la métrica castellana, á la voracidad insaciable de los lectores de versos, cuando nó para ayudar á la ganancia de algún experto impresor.

Y fué poeta, y de los mejores. Habrá en él un desaliño y una audacia increíbles. Su verso no fué pulcro, pero fué siempre palpitante; no fué correcto, pero siempre hondo y amargo, irónico y angustioso hasta morir. ¿Fueron extrañas lecturas, influencias ancestrales las que pusieran en los puntos de su pluma esa rara evocación angustiante?

Nó. Fué todo él. Fué su espíritu atormentado por sombrías interrogaciones, por todas las idealidades cuya base parece ser un grito de esperanza y cuyo fin es el gesto agrio y desolado del que se siente desorientado ante la obscura inmensidad de un destino fatal y enigmático.

Y acaso en esto faltó consecuencia al poeta. Quién sabe si su vista huyó horrorizada ante el horizonte preñado de tinieblas, en cuyo fondo tuvo la previsión de sus ansias, como el arco vacilante de una guillotina. Y fué así que este gran poeta predestinado á encanear, mediante el mandato de extrañas fuerzas superiores, entre las líneas sólidas de un pareado y enorme y angustioso grito humano, quiso engañarse y engañar, como esos bebedores de whisky que para espantar el cansancio de vivir se crean una vida artificial y aparentan un humor, una alegría macabra que rebalsa en la comisura de los labios en risa estridente y metálica, en tanto al través de las pupilas pasa una bruma pesada y trágica.

Escribió versos "alegres", madrigales á la chinita del café, quintillas á los ojos de las morenas que encontraba en la calle ó en el lupanar. Tuvo como un

presentimiento de su pronta partida, y en sus versos, en los actos desordenados de su existencia, dejó la huella del viajero, el adiós dado de prisa, amable y triste, del que habría de partir para no volver. Y este presentimiento amargo y profundo le inspiró un rabioso apego á la vida con todos sus refinamientos y desenfrenos. Ambicionó el lujo y gustó los placeres hasta el agotamiento. Fué sensual, gastrónomo y libertino. La vida fué desde entonces para él una querida amable y solícita. Le dió su boca fresca y triunfante, su boca que él poeta quién sabe cuántas veces al darla el beso de intensa gratitud, violó convertida en una pútrida llaga! ¡Coquetearías de hembra, felinidades de pantera que antes de engullir la presa, déjala correr incauta por laderas y llanuras!

Al dar la mano á un amigo quedábase en suspenso, como si su espíritu doloroso asomara de pronto á los postigos abiertos de sus ojos llenos de espanto. "¿Te acordarás de mí si muero ahora? ¿Será ésta la última vez que mi mano estreche tu mano?"

Y cabizbajo continuaba la jornada al través del camino, entre cuyas sinuosidades creía ver de súbito la boca abierta y pavorosa de una sepultura.

Con todo, como lo dije ya, la vida no le fué esquivada. Tuvo Pezosa su auge. Sus versos fueron aplaudidos. Como príncipe del Reino de la Poesía, tuvo también su cohorte de pajes. Rodeáronle amigos complacientes ó compasivos que soportaron su risa agria y antipática. Las revistas publicaron su retrato, y el "Pintor Perezosa" se hizo célebre en los entresuelos de la crítica chirle. Y sus manos, que antes pegaron el cuero é hicieron esguinces con la lezna, cubriéronse de fina piel de Suecia...

Adiós amigo, discípulo de San Crispín y hermano de Apolo. Quedó en mi cuarto tu sillón vacío y el café helado está todavía en el fondo de la humilde taza de porcelana!

¡Qué diablos! Tantos como han venido, pobre sillón desvenecado, así partieron sin un adiós para tus viejos brazos amparadores!



Cuando le ví por última vez, sus ojos tenían una rara fosforescencia. Miraban con fiebre atenaceante á los que, de puntillas, llegaban trayendo á cuestras un pingajo de vida, de libertad, un brillo de sol en las pupilas. Miraba. Miraba. Jamás he asistido á una lucha más encarnizada y poderosa entre la inteligencia y la juventud y esa cínica tramera que llaman "Muerte".

—¡Nó! ¡Espera! ¡No es tiempo todavía!—imploraban los ojos del enfermo.

Y la tenebrosa ensombreciale aún más sus cuencas, arrancando momento á momento una nueva pieza cubierta de prematura herrumbre, á esa maquinita de su organismo gastado; un latido menos en el corazón; una angustia más en ese cerebro del poeta, despierto tan temprano y hasta tan tarde, sobre el cual caía un fatal designio inescrutable y cabalístico, que estaba e-crito.

Y entonces y sólo entonces eché de menos esa risa despectiva, agria y antipática, con que desafiaba los furores desencadenados de las altas mareas de su espíritu.



Página para las damas

Es interesante conocer las ideas sobre estética femenina que desarrolla en las páginas de "Elegancias" la distinguida escritora María Bertin. No contenta con expresar sus propias ideas, interroga además á la célebre bailarina española "Leonora" quien, modelo viviente de gracia y belleza le dá la clave de su conservación física.

"En el culto de nuestro cuerpo hay un detalle del que no se habla nunca lo bastante —dice María Bertin— y que es tan importante de estudiar y de conocer como cualquier otro medio de agradar. Este detalle, en cuestión, es el capítulo de los perfumes."

"Cuando las diosas dejan el Olimpo para ir á mezclarse con los mortales, se reconoce la huella de su paso por la naturaleza particular del aroma que dejan tras sí."

"Lo mismo ocurre con la mujer distinguida: la delicadeza de su perfume es una especie de indicio de su distinción y de su educación."

Hay para cada individualidad un olor que parece pertenecerle; á la mujer espiritual, el jazmín; á la mujer brillante, la magnolia; á la mujer hecha, el almizcle; á la mujer joven, en la primera flor de la belleza, la rosa; las emanaciones del azahar convienen

mejor á las naturalezas melancólicas, y hay en el heliotropo algo así como una nota triste que sienta admirablemente á la mujer viuda."

Este rasgo de humor británico es muy divertido, pero no nos dá ningún consejo práctico. Yo estoy persuadida, de que los perfumes empleados por cada una de nosotras tienen influencia extrema sobre la epidermis y soy de parecer que una mujer debe ensayar y estudiar concienzudamente un olor antes de adoptarlo y de inundarse como entre una nube de incienso. La verdadera elegante debe oler bien desde los pies á la cabeza, y que ese mismo perfume impregne todos sus vestidos. Para terminar, he aquí los consejos de Leonora al ser interrogado sobre estética femenina: "En primer lugar— dice— buena higiene, después, paseos á caballo; esto dilata los pulmones; el aire puro almacena el oxígeno necesario al entretenimiento de la salud, y esto es la verdadera base de la belleza. El ejercicio reemplaza al masaje; los movimientos requeridos por leyes del equilibrio, provocados por la carrera, son la mejor gimnasia de los miembros y del busto. La sangre circula mejor; los músculos fortalecidos impiden la invasión de las arrugas; la epidermis, bajo la reacción, adquiere una frescura siempre renovada."

TUS MANOS

Tus manos tibias y enfermizas
como los sueños de las monjas,
son hechas para decir misas
y entre los labios poner hostias.

En las virtudes de tus manos
hay redenciones de infelices;
las medallitas y los pianos
más decadentes y más tristes;

los viejos libros, los rosales
y los floreros de mi cuarto,
los limosneros más fatales
y los sepulcros ignorados;

el cuerpo enfermo con sus sienes
de hinchadas venas y sudores,
el paso incierto sin sostenes
y las molestias de los soles;

las cosas puestas sin sentido,
los desprestigios en las ropas,
algún tesoro ya perdido
y tantas vidas silenciosas...

Tus hondas manos se adelantan
y realizan los deseos:
ellas se agitan y me espantan
las tercas moscas de mi lecho.

Ellas conocen y me dejan
libros que adoro, en la almohada,
y cuando duermo me festejan
con palmaditas llenas de agua.

Ellas loquean en la puerta
cuando mi sueño se me atrasa
y siempre déjanla entreabierta,
con intenciones meditadas.

Hay luminosos infinitos
de curaciones en tus manos;
más, sus elixires benditos,
hoy están lejos de mi lado.

Por eso siento que se acaban
mis fuerzas, glorias y reposo:
¡porque tus manos me otorgaban
salud, ensueños, todo, todo!...

O. SEGURA CASTRO.



CREMA
DEL
HAREM

Las mas aristocráticas damas
de Stambul, que son las mas refi-
nadas en materia de cultura física,
usan la maravillosa pasta conoci-
da con el nombre de Crema del
Harem. Contra ella no existen pe-
cas, ni paños, ni grietas, ni ningun-
a de las erupciones que afean el
rostro de una mujer.



Imprenta

Sud-Americana

A. PRAT, II22

EJECUTA TODO TRABAJO

◊ DE IMPRESIONES Y ◊

ENCUADERNACION. ◊ ◊

PRECIOS EXCEPCIONALES

RECIBO ORDENES DE PROVINCIAS





—Querido Polcarpo, abrázame!

—Pero que te pasa?

—Bésame.

—Te has vuelto loco.

Haste cuenta que he visto el cadáver «muerto» de mi suegra á orillas del estanque.

—Suicidio, probablemente.

—No, yo creo que se arrojó al agua por sacar un tarro de aceite Escudo Chileno. Debemos per lo tanto aclamar al rico aceite, no tan solo por su cualidades alimenticias, sinó también por sus virtudes de mata suegras.